

La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 23 DE OCTUBRE DE 1893

NÚM. 617

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DEL ARTE MODERNO



LA SOPA

Notable cuadro de David Nillet

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *La Exposición de Chicago. El Uruguay en Chicago*, por Eva Canel. — *Chozas de los indios de Vancouver. El teatro chino*, por A. — *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. — *La madre del teniente (Episodio de Africa, 1860)*, por M. Martínez Barrionuevo. — *Nuestros grabados.* — *Una francesa en el polo Norte* (continuación), por Pedro Mael. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Máquinas para volar*, por Otón Lilienthal. — **Libros.** — **Grabados.** — *Obras maestras del arte moderno. La sopa*, notable cuadro de David Nillet. — *Exposición universal de Chicago: Aldea de los indios de Vancouver. El teatro chino*, dibujo de E. Limmer. — *Instalación de la República Oriental del Uruguay en el palacio de Agricultura.* — *Un telegrama*, cuadro de L. Max Ehler. — *Alicia*, cuadro de Guillermo M. Chase. — *Después de la orgía*, cuadro de Swedomsky, grabado por R. Bong. — **Fig. 1.** Máquina para volar de Mr. Hargrave. — **Fig. 2.** Cilindro de la máquina para volar de Mr. Hargrave. — **Fig. 3.** Máquina para volar movida por el vapor, de Mr. Hargrave. — **Fig. 4.** Experimento con la máquina para volar de Otón Lilienthal. — *Carlos María Ocantos*, notable y distinguido novelista bonaerense.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El problema de nuestra regeneración económica. — Necesidad de consagrar á él todas nuestras fuerzas. — Nuestro destino en Africa. — Su inevitable cumplimiento. — Su inmanencia en el tiempo y en el espacio. — Conflicto de Melilla. — Causas permanentes del conflicto. — Historia de los hechos. — Necesidad de moderar nuestros ímpetus. — Gloria inmarcesible á los muertos y para los vivos. — Conclusión.

Embargados estábamos por el problema de nuestra regeneración económica, tan dificultoso de suyo, cuando súbitamente salta por un camino erizado de agudas espinas nueva dificultad: un combate muy heroico en sí, cual todos los empeñados por el ejército español, pero un combate desdichadísimo, no solamente á causa de los muertos que ya hemos inmolado en él, á causa de los compromisos que engendra en lo presente y del trabajo que para lo futuro apercibe. Así como tenemos en el planeta los iberos una sarta de perlas inapreciables con el collar de islas tendido sobre los mares, que muestra, hoy aún, haber sido nosotros los reveladores de su mayor parte á los viejos pueblos históricos, tenemos en Africa una línea de posiciones sobre su costa norte y cerca del maravilloso estrecho nuestro, indicativas del ministerio que cumpliremos allí, pese á quien pese, por imposición del tiempo y del espacio, tan soberana, que nadie podrá hurtarse á sus mandatos nunca, y tan cierta, que no podrá menos de cumplirse, sean cualesquiera las tardanzas en su realización y cumplimiento. Ceuta, Melilla, las Chafarinas, Alhucema están ahí como fiadoras de nuestras arraigadas esperanzas. Podrá tener el inglés en Marruecos una ó más factorías; podrá el francés urdir amistades más ó menos sinceras y relaciones más ó menos frecuentes con el sultán marroquí; podrá el italiano disputar á las poblaciones costeras del Mogreb los grupos de ingenieros que ya conocemos y que alguna ilusión de su patria denuncian; podrá el alemán adquirir una especie de protectorado diplomático, al fin de ir engrandeciendo su hegemonía sobre las potencias, adquirida con sus triunfos guerreros en Francia; pero no podrá pueblo ni gobierno ninguno romper aquellos lazos que unen la península de Occidente á su codiciada presa; pues cuando toquen al reparto de Africa, precisará fundarlo en la Geografía y en la Historia, en el tiempo y en el espacio invencibles, y no contra su imperio, teniendo éste, como tiene, por lo eficaz y fuerte, algo de fatal y de divino. Mas para ofrecer á Dios, en su providencial obra, toda la cooperación que deba el humano albedrío y su esfuerzo, precisa ¡oh! ser alguien, ser un pueblo respetable y respetado, con su cuestión política resuelta, con sus libertades necesarias aseguradas, con sus partidos todos dentro de la legalidad, con su orden interior completo; sin esas neurosis producidas por el choque de una reforma cualquiera con la epidermis de los intereses particulares; sin esos partidos extremos amenazando, el uno, por nuestra derecha, con la horrible guerra civil, y el otro, por nuestra izquierda, con el cantón anarquista; sin estos presupuestos en canceloso déficit que nos tienen colgados sobre la bancarrota y el deshonor; sin esos regionalismos, todos de apariencia y superficie, pero debilitantes, empeñados bajo mentidos lemas de progreso en hacernos caer de espaldas sobre los fraccionamientos feudales de la Edad media; sin esas propensiones al pronunciamiento dentro y á los conflictos fuera, que nos trajeron aquella sucesión de convulsiones internas, las cuales

nos han arruinado con sus luchas en el Norte y en el Mediodía, y aquellos embarazos externos, como los traídos por la guerra con Chile y el Perú, ó por la reincorporación de Santo Domingo, los cuales sólo sirvieron para mermar nuestra influencia en América, donde tiene un hogar nuestra patria, y detener el ejercicio de aquellos ministerios civilizadores en el mundo, á que nos obligan y nos impelen el recuerdo de nuestra gloriosísima historia, siempre admirada por todos, y el poder de un talismán tan prestigioso como nuestro esclarecido y respetado nombre, que llevan impreso en el planeta de un modo indeleble desde los abismos del mar hasta las estrellas del cielo.

Mucho enaltece á todos los españoles el amor á España, que se revela en cada conflicto con Africa, y el coraje sublime que muestran allí, como en todas partes, nuestros heroicos y mártires soldados. Pero no imitemos aquello de tanto quiere á sus hijos la gata que se los come, y no vertamos en suicidas holocaustos inútiles una sangre tan preciosa como la sangre de nuestro ejército nacional. Toda política en el continente africano debe reducirse por nuestra parte á conservar aquello que poseemos y mejorarlo; pero sin pedir una pulgada de terreno más para nosotros, en el temor natural de levantar una caza que otros únicamente pueden ahora, en esta coyuntura, correr y cobrar. Y si no, recojámonos dentro de nosotros mismos y meditemos con verdadera reflexión. Habíamos concentrado todo el pensamiento y todo el esfuerzo de la política española en declarar primero los derechos congénitos á nuestra naturaleza y en organizar después la soberanía nacional para resolver el problema político. Hecho esto, nos habíamos consagrado luego al aumento de ingresos y á la disminución de gastos, que nos granjeara un presupuesto nivelado, capaz de resolver el problema económico. ¡Ah! Con grandes obstáculos tropezaba el problema político, por la ceguera de nuestros partidos, pero quedó resuelto el día de la proclamación del sufragio; con grandes obstáculos tropieza el problema económico, pero está en vías de resolverse con que solamente se subordinen todas las cuestiones á la cuestión de Hacienda y todos los servicios se regulen con aquella modestia exigida por nuestra grande tradicional pobreza. Ser libres, ó dueños de nuestra política y de nuestra economía, sin tener que mirar á nadie la cara: he ahí la norma natural á guardar y el objeto capitalísimo á requerir por un verdadero estadista, si quiere levantar sus obras con arreglo á los cánones de la lógica, como levanta el arquitecto sus edificios con arreglo á los cánones de la mecánica. Por eso, por la fuerza que los consigüentes extraen de los antecedentes y de las premisas las consecuencias, al sufragio universal triunfante siguió el presupuesto de la paz establecido y planteado por el consentimiento universal. Y hallándonos en tal situación, á la hora suprema de un progreso tan extraordinario y de un logro tan increíble como el haber sometido á la economía la política, ¿no aparecerá como una diversión peligrosa del objeto común cualquier impremeditado conflicto? Yo lo temo en grado altísimo; y como lo temo en grado altísimo, creo deber mío dar el grito de alarma contra excesos, así de acción como de palabra, cuyos resultados están vistos: suscitar para los demás una cuestión gravísima, preñada de amenazas, puesta por el destino á dos dedos del abismo donde hierven las cóleras continentales, capaz de fulminar sobre nuestra cabeza una responsabilidad tan grande, como la que traen aparejadas catástrofes inminentes, bajo cuya pesadumbre pudiera perderse y concluirse la civilización europea.

Todo estaba en paz. La nube condensada en Tánger por el partido tory para ganarle la mano al partido wigh y vencerlo por alardeos de patriotismo en las elecciones, habíase disipado con la licencia dada, tras la victoria del último, por su nuevo ministro lord Rosebery al célebre Smith, quien tomando al formidable Marruecos por el pobre Zancíbar, donde había logrado traspasar á Inglaterra el protectorado de Alemania, se partió á Fez en una especie de protectora embajada, con todo el aparato requerido por lo descabellado del objeto y por lo complicadísimo del argumento, encontrándose la horma de su zapato en desaires y disgustos y tropelías y burlas, cuyos estragos lo pusieron fuera de quicio, hasta el punto de hacer creer que pondrían fuera de quicio también á su gobierno, soñando, por tal imprevisión, la hora de una cruenta venganza, como la puesta en práctica por Inglaterra para desquitarse de las ofensas del rey Teodoro de Abisinia; y con esta venganza coincidiría el juicio final de Marruecos, y con este juicio final, tan ocasionado á irreparables catástrofes, la conflagración europea, que costaría cara, muy cara, de seguro, no sólo á nuestro continente y á sus Estados, á toda la tierra y á toda la humanidad. En cuanto se dispó esa

nube, como antes de que la nube se formara, el empeño de una buena política española debía consistir en guardar la estabilidad á toda costa, sin poner la mano sobre un átomo de tierra, para no dar malos y desastrosos ejemplos. Así decía yo, frente á un discípulo mío, tan querido y admirado como el Sr. Moret, quien había querido poner un cable allá en la isla del Perejil, cuando era en el último ministerio Sagasta ministro de Estado, que lo dejara por Dios, pues no quería yo nos saliera ese vegetal en la frente. Teníamos, pues, verdadero motivo para creer asegurada la paz y conservado por todas partes y por todos los pueblos el *statu quo*, cuando se desploma sobre nuestras espaldas un tan horrible accidente como esa desgracia de Melilla, en que una vez más hemos demostrado cómo todo lo espontáneo, todo lo genial, todo lo intuitivo, todo lo indeliberado, todo lo inconsciente, todo lo divino, el coraje, la fuerza, el empuje, la grande abnegación, el estro para los combates, el amor al sacrificio y al martirio aparecen siempre sublimes en nosotros, mientras imposible todo lo reflexivo, todo lo consciente, todo lo meditado; es decir, Administración y Gobierno.

Mas historiemos los acontecimientos. Nuestras posesiones de Africa no están circuidas por una especie de marca, como la que tienen Argel y Orán; hallándose por necesidad expuestas á los continuos asaltos de una raza tan guerrera como la raza marroquí, la cual, si no puede pelear con el infiel, ó sea con el cristiano, pelea entre sí, entre sus familias, como presa de una inquietud nerviosa, de una inquietud secular, de una inquietud atávica, patentemente mostrada por ese afán de correr la pólvora en ruidosas fiestas, y alardear de guerra en espectáculos continuos, y salir de cabalgatas vertiginosas á las cacerías, y justar en combates de ostentación y de aparato, como si necesitara ver el relámpago perdurable, oír el trueno siniestro y acerar todos sus miembros y todos sus nervios y todos sus músculos en luchas perdurables. ¿Qué ha de resultar en tal estado? Un conflicto perpetuo. Ese pueblo guerrero, al ver las insignias y enseñas de una religión y de un imperio contrarios á su religión y á su imperio sobre puntos que cree pertenecerle, no se acuerda de ninguna consecuencia, ni mide ningún obstáculo, ni siente ningún recelo, y se lanza muy ciego sobre la presa como el milano sobre la paloma, como el pez grande sobre el pez chico, como el tigre sobre la jirafa, como las especies carniceras unas sobre otras con la ineluctable fatalidad impuesta por un instinto invencible, que produce lo conocido en nuestro moderno lenguaje con el nombre muy acertado de guerra por la vida. Entre nuestras posesiones llenas de cristianos y las marcas circunstantes llenas de moros se suscitarán siempre conflictos que nos exponen á una guerra perdurable. No tuvo ninguna otra causa la guerra emprendida con Marruecos bajo la dirección del general O'Donnell: un ataque de los moros á Ceuta. Así es que, al acabarse la campaña y venirse á términos de paz entre los combatientes, convínose para evitar nuevos conflictos en poner amplias marcas alrededor de nuestros fuertes y ciudades, como amortiguantes de los encuentros y de los choques. Pero la imposibilidad de poblar estas marcas por cristianos y la inquietud congénita con el ánimo y el temperamento de los moros habrán de traer, en inconformidad de éstos con la disminución de su territorio, conflictos cuyas consecuencias se contienen y encierran en este dilema: ó parciales encuentros de guerrillas continuas, ó nueva guerra para conseguir mayor y más amplio territorio en torno de nuestras plazas.

En esta general situación de las posesiones africanas brota el conflicto presente con las tribus marroquíes cercanas á nuestros fuertes. Habíamos pactado en el convenio de Vad-Ras una indemnización para nuestro tesoro, que se nos satisfizo con religiosa escrupulosidad, y una zona en torno de nuestras plazas, que nunca jamás fué bien establecida y designada, parte por las muchas largas que á todo nuestras oficinas dan en su inveterada indolencia, parte por las muchas resistencias que á todo los marroquíes oponen de suyo en su casi mecánica inercia. Entrado en el ministerio de la Guerra el general López Domínguez, estudió la extensión de tales zonas, y no pudo menos de advertir como las había disminuído para nosotros la vieja indiferencia consuetudinaria nuestra y aumentádoles para las kabilas el instinto de aproximación á las plazas españolas, de continuo sitiadas por sus ensueños fantásticos, pero eternos, de una recuperación inmediata. Si mis informes no mienten, la zona de Ceuta, muy disputada siempre por los marroquíes, se conserva con mayor cuidado que la zona de Melilla, muy abandonada en los últimos tiempos. Y dado tal abandono, como en los escollos brota la vegetación cuando el oleaje salobre se retira, y bajo las exterminadoras lavas el viñedo cuando aquéllas se solidifican

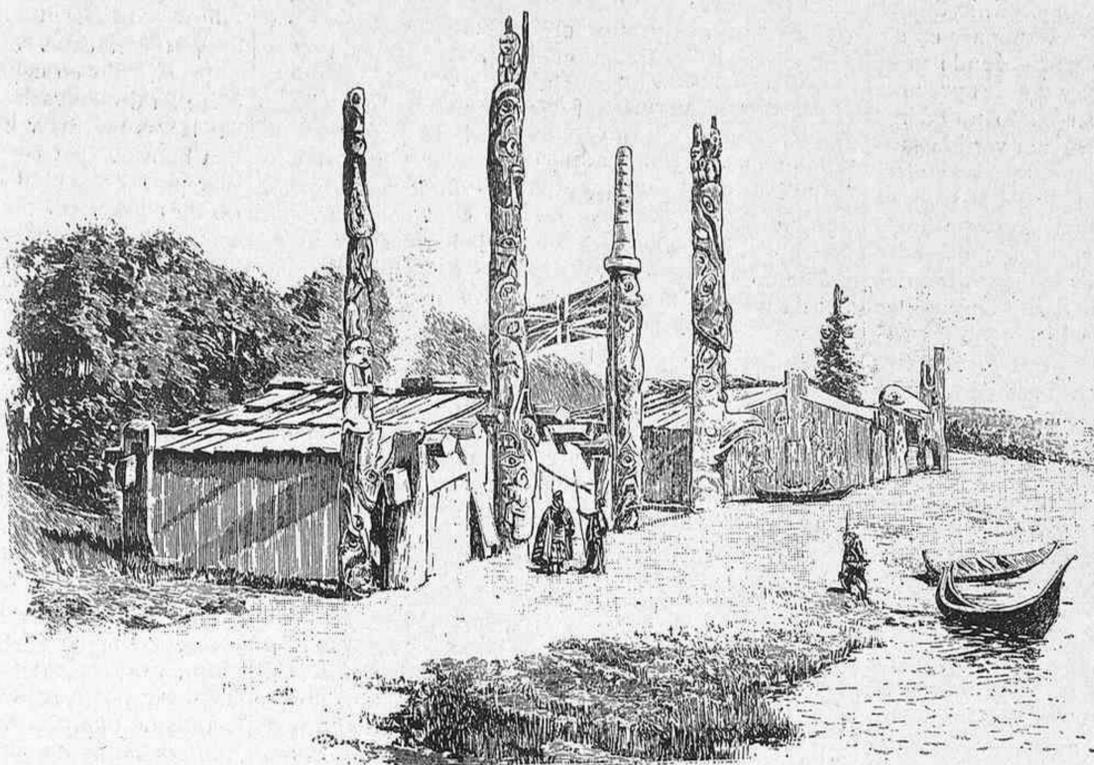
y enfrían, en estas zonas, circunstancias alrededor de las fortificaciones hispano-africanas, van apareciendo y desapareciendo á la descuidada tribus nómadas y aduares errantes, demostrativos del empuje que tiene y de la extensión que toma por todas partes el florecimiento eterno de la vida. Bajo imperiosas órdenes del ministro de la Guerra, perteneciente por su historia y por sus servicios militares á una fracción del ejército que hoy podríamos llamar, como se llamaban en Roma los Escipiones, africana, el gobernador de Melilla comenzó á extender la neutral zona entre la plaza y sus vecinos, limpiándola de familias nómadas y estableciendo en el punto más estratégico de su terminación el fuerte llamado de Sidi-Auriach. Esto, que hubiera podido intentarse tras la guerra sin dificultad alguna, debía chocar con muchísimos obstáculos en la coyuntura y sazón presentes, cuando creían los moros baldío ya este canon del tratado y fiaban su dominio sobre aquel espacio á las prescripciones de una larguísima ocupación. Así comenzaron por enviar un bajá á nuestro gobernador, el heroico general Margallo, en demanda del desistimiento, y concluyeron por amenazar, sin empacho ni escrúpulo, el tomarse la justicia por su mano y acudir en tropel tumultuoso al derribo de las fortificaciones incipientes. En vano el general demostró la imposibilidad para nosotros de mantener á sus anchas las poblaciones españolas, sin los desahogos ofrecidos por una zona neutral, cuya propiedad se había sancionado por su propio emperador en solemnes pactos diplomáticos, donde constaba la extensión pactada, dentro de la cual se hallaban las estratégicas defensas, indispen-

sables á nuestra seguridad. No hicieron caso alguno de las observaciones los rifeños; y como les falta idea clara de haberse obligado á sí mismos con las obligaciones contraídas por su lejano y nunca bien obedecido sultán, se atrevieron, según habían dicho, á tomarse la justicia por su mano, y comenzaron todos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, sin parar mientes en las consecuencias dañosas, sin sentir ningún escrúpulo, cerrando con los nuestros en formidable ataque de mil contra uno y destruyendo el fuerte de Sidi-Auriach por medio de esas irrupciones bárbaras, en que los irruptores parecen multiplicarse como las langostas en sus devastadoras nubes de asolación y como las moscas en los cadáveres amontonados por las matanzas del combate. Tanto es así que, des-

pués de haber pasado mañana tromba de musulmanas cóleras por cualquier terreno, queda en una desolación tal éste, que parece han arruinado los irruptores hasta las ruinas y matado á la muerte misma, si es permitida la hipérbole.

No puede, no, decirse adónde ha rayado el heroísmo de nuestros soldados. Las lenguas humanas no tienen voces expresivas de tanta sublimidad. Cuando todo se cerraba para ellos; aquel cielo mahometano, que diríais por los ángeles exterminadores y apocalípticos del Alcorán henchido; la tierra, sólo apropiada de suyo á las kabilas, que parecen arenas con sus horrorosos arenales erizados de cactus; so el asalto del rifeño, anheloso de sangre y aullando cual perro hidrófobo con alaridos terribles y combatiendo hasta usar desde las gomas y los rifles á las uñas y los dientes en sus esfuerzos por exterminar al contrario; aquellos soldados españoles, cada uno

contra ciento lucharon cual si no estuvieran sujetos á la muerte y vendieron caras sus vidas en una especie de sublime suicidio. Se necesita ver un rifeño para sentir cómo aborrecen y matan esas gentes. Fornidos y nervudos al mismo tiempo; adobados por las evaporaciones del desierto y curtidos por los calores del Africa; la goma sobre su costado y el rifle al ojo como integrantes órganos de su cuerpo; un mechón, largo como la cola de un caballo, en lo alto de la cabeza rapadísima, para que los cojan en la hora de su muerte por allí los arcángeles y se los lleven al paraíso de Mahoma; ligera túnica pegada por completo á las carnes y que no embaraza ninguno de sus movimientos; la mirada relampagueando iras y el pecho produciendo implacables odios, no combaten por lo-



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. — Aldea de los indios de Vancouver



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO — El teatro chino, dibujo de E. Limmer

gros de la guerra, combaten por el exterminio de sus enemigos, y se gozan como tigres, á quienes en su crueldad se parecen, matando, no hasta donde pide la necesidad, matando por el placer que les procura la matanza, durante la cual respiran como un edénico aroma el hedor de la caliente recién vertida sangre. Se necesita la fibra española, el parentesco nuestro con tierras parecidas en lo ardientes á la suya, el menosprecio de la muerte connatural á la raza nuestra, para hacer lo que hiciera el corto destacamento defensor de la fortaleza en construcción: resistir tanto tiempo con corto número, intentar después y cumplir una retirada honrosísima, sumarse luego con los soldados de la guarnición é imponer el necesario respeto á los ciegos, que mataban en su furor con la misma indiferencia con que matan en el mundo la peste y la epidemia. Delante de tal holocausto no tenemos que hacer sino adorar á los sacrificados como se adora en el catolicismo á los santos é inscribirlos en el calendario de nuestros mártires. Dar lo más preciado que pueda tener el hombre, la vida, necesaria, no sólo á él mismo, á todos los que le aman y él ama, por la colectividad que forman sus conciudadanos allá lejos, ¡oh! es acto tan meritorio, que sólo debe quedarnos espacio y ánimo para el culto ardoroso de este milagro moral, presentándolo, no sólo como ejemplo á las jóvenes generaciones herederas del tesoro acumulado por santos sacrificios, como prueba de la vitalidad que late con fuerza en el seno de una raza, dispuesta siempre al sacrificio por su patria. Tiempo tendremos de juzgar á quién corresponde la responsabilidad de un hecho, no feliz de suyo, y menos en estas circunstancias; hoy sólo nos toca recogerlos un momento en el duelo que todos los españoles sentimos, y conmemorar en el culto á los muertos este sacrificio más, presentado por sus heroicos hijos á la madre España, tan digna del religioso amor que le han profesado todas las generaciones suyas en toda la continua sucesión de los tiempos.

LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

IV. — EL URUGUAY EN CHICAGO

La República Oriental del Uruguay es una de las más hermosas de la América española y está, felizmente, de algunos años á la fecha entregada á la paz y al reposo que tantos beneficios reporta á los pueblos cultos. Preséntase el Uruguay en este certamen con sus productos naturales, que son muchos y buenos, descollando sobre todo las lanas y los cueros, fuente principal de su riqueza. Exhibe abundancia de cereales, aguardientes, vinos, licores, perfumería, confitería y sobre todo galletas y conservas en abundancia, así como aceites y legumbres. Como se verá por la fotografía de su departamento en el palacio de Agricultura, Liebig hace una brillante instalación de su «Extracto de carne», que pone fuera de concurso, y de cuyo extracto riquísimo hacen caldo que sirven gratis al público en general durante cuatro horas diarias. La gente se atropella por tomar el líquido reparador de las fuerzas perdidas con el ajetreo que se traen.

El Uruguay presenta una grande y hermosa colección de fotografías del hermoso y moderno «Barrio Reus», trabajo ímprobo de un español que llevó sus energías y su actividad al Plata; que proyectó y llevó á cabo las obras que perpetúan su nombre, edificando una barriada de casas cómodas y sanas para obreros, y que desengañado, lleno de amarguras, pobre y mal comprendido por los que sólo le han hecho justicia después de muerto, pasó á mejor vida sin lograr ver terminada su benéfica y magna obra.

También ha mandado la República Oriental fotografías de sus mujeres; de aquellas mujeres que gozan á la par de las limeñas fama universal de hermosas y distinguidas, y cuyos retratos constituyen el mejor adorno de la instalación.

Expone asimismo la menor de las hermanas platinenses buen material de escuelas, y entre varios trabajos un volumen en forma de periódico, impreso y dibujado por los alumnos de la Escuela de artes y oficios, que da clara muestra de los adelantos que Montevideo ha hecho en este esencialísimo ramo de la instrucción popular. He visto en esta sección uruguaya un mapa muy curioso.

La parte de la esfera que presenta el continente americano está formada con los nombres de las naciones, las ciudades, los pueblos y los ríos del Nuevo Mundo, impresos en letra menudísima, pero perfectamente legible sin ayuda de microscopio ni de lente. Termina este curioso mapa una cabeza de Colón, dibujada sobre la forma de imprimir, con la biografía del descubridor, impresa en lengua italiana: el parecido es exacto á los retratos más vulgares, y que por serlo se nos antojan los auténticos.

La biografía es una curiosidad de mucho gusto, que revela un tipógrafo excelente: como dibujante y como geógrafo también puede apostárselas con cualquiera el autor de tal mapa.

En la instalación del Uruguay encontré todo el afecto de los buenos amigos y toda la distinción de los caballeros, y no podía ser menos. Cuantos han venido en la comisión y cuyos nombres no estampo, porque escribo en viaje y no tengo tarjetas á la vista, son modelo de caballeros cumplidísimos. Todos ellos, así como también el cónsul, han mostrado complacencia por que la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicase vistas de la instalación de su patria.

El delegado general Sr. Gómez Ruano, hombre distinguidísimo y amable, es uno de los que más legítimas simpatías goza entre sus compañeros. El señor Gómez Ruano pertenece al alto cuerpo docente de la República Oriental y honra la Universidad uruguaya por su talento y por su modestia.

¡Justo es que se le haga justicia!

EVA CANEL

* *

CHOZAS DE LOS INDIOS DE VANCOUVER

La parte Sudeste del Jacson Parck está destinada á las instalaciones antropológicas, y aunque es bastante dudoso que la antropología tenga lugar propio en una Exposición universal en donde se compara la civilización de fines del siglo XIX con la cultura del XV, de todos modos las grandes y notabilísimas colecciones que el *Smithsonian Institute* de Washington ha presentado en un edificio especial son interesantísimas, sobre todo en cuanto las completan las instalaciones especiales que alrededor de ese edificio hay establecidas. A un lado se alzan reproducciones exactas de las ruinas toltecas de Yucatán, principalmente del Uxmal; á otro, y sobre una gran roca artificial, se ven los muros de las viviendas troglodíticas del Sur del Colorado y del Arizona, en las cuales hallaron refugio los primitivos habitantes del continente americano, y entre unas y otras se levantan á orillas del lago South Pond algunas chozas de los indios de Vancouver. Estos, como los chinooks, los haydahs, los babinehs y otros, se parecen exteriormente mucho á los malayos y á los polinesios, existiendo también esta semejanza en las costumbres, usos y trajes, lo cual nos permite deducir que, si no una descendencia directa, ha habido por lo menos un cruzamiento intenso entre aquellas razas y las de Occidente. Así inducen á creerlo las dos docenas de individuos que presididos por Toquasa, la hija del caudillo, habitan aquellas cabañas. Delante de cada una de éstas hay un *totem*, poste heráldico que sólo se encuentra entre los indios del Noroeste y cuya altura varía entre cinco y diez metros, consistente en un tronco de árbol con toscas esculturas, que son las armas de los antepasados de cada familia: estas esculturas representan caras grotescas y animales raros, están pintadas con colores chillones, especialmente azul y encarnado, y son el orgullo de los habitantes de las chozas.

Si penetramos en una de éstas veremos que en el centro de un gran local obscuro arde sobre el suelo un fuego cuyo humo lentamente se escapa por el techo: en las paredes están las camas dispuestas como los camarotes de un buque y delante de las cuales hay tendidas en el suelo pieles de animales; sobre los cofres toscamente labrados que constituyen el único mobiliario de esas viviendas se ven varios utensilios domésticos, cucharas y escudillas de cuerno, sedales con anzuelos de madera, remos, arcos y flechas. Los vancouverianos, de roja piel y ojos rasgados, permanecen agazapados en sus pieles y envueltos en pañuelos ó mantas, prendas que sólo se ponen por consideración á los que en Chicago les visitan, pues en su país no llevan otra cosa que un delantalito que apenas les cubre la cintura. Delante de las cabañas y amarrados á la orilla del lago mécese en las aguas de éste un par de canoas, consistentes en troncos ahuecados por medio del fuego y con altas rodas de formas extrañas.

Los vancouverianos aliméntanse especialmente de pescado; son grandes marineros y nadadores y no vacilan en lanzarse al mar con tiempo tempestuoso y alejarse muchas millas de la costa en sus frágiles embarcaciones.

EL TEATRO CHINO

Extraños golpes de gong y un estrépito capaz de destrozar los oídos más fuertes, producido por varios instrumentos de cuerda y de viento, atraen la atención del que visita Midway Plaisance hacia un templo chino de admirable aspecto, delante del cual ál-

zarse dos pagodas con varios pisos y abigarradas pinturas. Ídolos gigantescos, dragones, figuras monstruosas con caras horribles adornan la entrada de aquel edificio, en cuyo interior hay instalada una casa de te en donde varios hijos del Celeste Imperio con sus largas trenzas y bordados trajes sirven la aromática bebida. Una escalera conduce desde allí al primer piso, en el cual está instalado el templo, poblado de centenares de ídolos grotescos colocados en multitud de altares, envueltos en vestiduras fantásticas y adornados con todos los atributos de su divinidad. En el centro del templo se ve tendido sobre el suelo un dragón de 50 metros de largo, el animal emblemático del imperio chino.

Junto al templo está el teatro, reproducción exacta de los de China, aunque más limpio y más bellamente adornado, en donde un centenar de cómicos, entre ellos muchos actores escogidos entre los más notables de su país, representan el repertorio chino, que, como se comprenderá, casi nadie entiende, sin que pueda saberse si se trata de una comedia ó de una tragedia. Por cierto que al inaugurarse la Exposición comenzó aquella compañía á representar una obra... que á fines de septiembre no había concluido todavía, lo cual, dicho sea de paso, les tiene sin cuidado á los espectadores que llenan todos los días el teatro movidos sólo por la curiosidad de ver en qué consiste el arte escénico de los chinos. En el fondo del escenario, de cara al público, siéntanse seis músicos que no cesan de tocar durante toda la función mientras un actor recita el monólogo del ser y del no ser, á lo Confucio, ó mientras otros ejecutan sus pantomimas. En nuestros teatros los músicos no tocan más que cuando el telón está corrido; en cambio entre los chinos la música empieza cuando el telón se levanta y no cesa hasta que vuelve á bajar.

La decoración es siempre la misma, una mezcla extravagante de interior de casa, de selva y de prado: en el centro de la escena hay seis ó siete cajones de varios colores que, según se encarga de explicar el director de escena, representan un palacio, ó una choza, ó un templo, ó una cama, en fin lo que el argumento exija, lo cual no deja de ser muy cómodo para aquellos escenógrafos. Las sillas, las mesas y otros muebles los sacan á la escena los trabajadores sin curarse de la representación y sin que los actores dejen por ello de declamar. En cambio los trajes son lujosísimos, de seda y otras telas preciosas, llenos de bordados, aplicaciones de oro y brocados: completan el adorno magníficas joyas, coronas y armas como las mejores que puedan ostentar los más famosos actores y actrices europeos.

Los actores recorren la escena moviendo de la manera más extraña los pies y las manos y procurando sacar de sus gargantas los más raros sonidos: su principal arte consiste, al parecer, en hacer los gestos más extravagantes. Las actrices son desconocidas en la escena china, pues todos los personajes hembras son representados por hombres que se esfuerzan por imitar la voz y los ademanes femeninos; y preciso es confesar que logran su empeño de imitar al otro sexo mucho mejor que nuestras actrices cuando han de desempeñar papeles varoniles. — A.

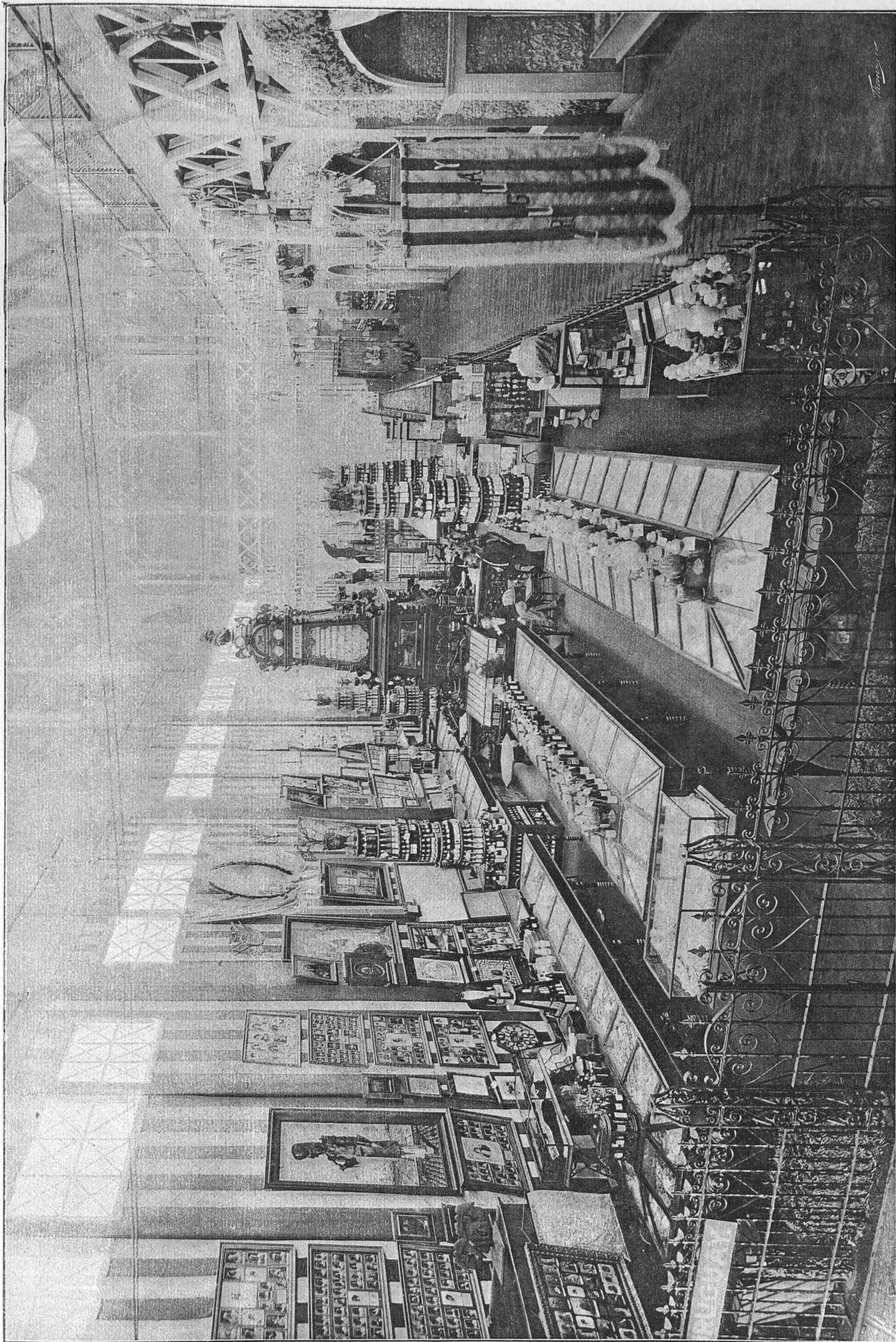
CRÓNICA DE ARTE

Sustraerse á la influencia que ejercen los acontecimientos actuales, especialmente sobre los que vivimos en contacto inmediato con la opinión pública y á cada instante sentimos sus vibraciones con toda su intensidad inicial, es punto menos que imposible. Y considero de tal importancia para la vida de la patria lo que acontece en las vecinas costas africanas del Mediterráneo, que tan sólo á un esfuerzo supremo de la voluntad deben mis lectores que me ocupe en relatar el movimiento artístico verificado en este último mes.

Hago esta declaración previa, porque antes de entrar de lleno en el cumplimiento de mi deber de mero cronista de arte he de decir algo que á las mientes me viene en este instante, y que tiene por origen la obsesión de que arriba hago mérito.

Una rama de la pintura existe, cultivadísima en Francia, tenida muy en cuenta por los artistas alemanes, ingleses y rusos, que ha producido frutos opimos; esta rama de la pintura es la militar.

Dando de lado á los pintores de otros días, no por eso es reducido el número de los que viven y ganan batallas con sus batallas, tipos y escenas de la vida de la milicia. Francia es la nación que ofrece mayor contingente de cuadros del género. Desde el año de 1859 al 60 en que Meissonier inauguró, como dice el notable escritor Sr. Barado, la serie de sus pinturas que reconstituyen plásticamente una interesantísima parte de la epopeya napoleónica, comenzó de



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO.-INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EN EL PALACIO DE AGRICULTURA

nuevo á otorgársele á esta rama pictórica una importancia grande. Y digo de nuevo porque ya se la habían otorgado David, Gerard, el barón Gross Ver-net (estudiado atentamente por Fortuny), pintando *El paso de los Alpes*, *Austerlitz*, *Eylau*, *Las Pirámides* y otras batallas y combates.

Desde Meissonier, pues, renace con pujanza la pintura militar, y la cultivan con éxito creciente Regnault, Protais, Philipoteau, Detaille, Neuville, Berne-Belle-cour, Lergent y otros en Francia; como en Inglaterra O'Neil, Hercomer, Morris, Seymour; y Luders Krickel Lang y varios otros en Alemania; en Rusia descuella Wereschagin con un carácter verdaderamente épico; en España, Cusachs, Unceta yayer el maestro Balaca.

Pero observamos un fenómeno singular que se produce al resucitar otra vez la pintura de costumbres militares y que merece que se fije en él la atención de todo el mundo. En las naciones que mayores energías cuentan, así en el orden intelectual como en el material, esta pintura alcanza un auge grande y pudiera decirse que es la que sirve de contrapeso al movimiento iniciado hacia las escuelas místicas, las cuales tienen como característica la contemplación y el reposo. En Inglaterra Morris pinta, no el soldado de hoy, sino el soldado del porvenir en su celebrado lienzo *Sons of the Brave* (Hijos de valientes). En Alemania, Crofts hace una obra llena de interés dramático al pintar para Francia la desastrosa jornada de Sedán y que tituló el artista *Gravelotte*. En Francia — no mencionando á Meissonier, que hubo de limitarse á las guerras de Napoleón — el muerto Neuville traza una maravilla al delinear las figuras de *El último cartucho*. Y en esas naciones, asiento hoy de la cultura en su más alto concepto, donde el altruismo se manifiesta con verdadera energía, así en el derecho político como en las especulaciones de las modernas filosofía y ciencias morales, la pintura militar tiene por derecho propio importancia grande.

Verdaderamente que es digno de ser atendido y estudiado este fenómeno, con el cual parece indicarnos la realidad lo utópico del sueño de una paz perpetua. No; no es posible, no será posible quizás nunca que se realicen esos idealismos sublimes de la fraternidad universal. La lucha por la vida, así en el individuo como en las naciones, existirá mientras tanto existan éstas y los caracteres étnicos y las tan diversas como desequilibradas fuerzas productoras de la naturaleza. La lucha es la vida; con la lucha se manifiestan las energías todas del hombre. La historia nos enseña cómo á las grandes guerras y á las grandes revoluciones se deben las conquistas del saber; y los pueblos, cómo los individuos, son tanto más respetados cuanto mayor es el equilibrio entre sus fuerzas intelectivas y materiales.

Y el arte, cuya misión es la de conmover nuestro corazón y nuestra alma, ejerce una influencia innegable en el sentimiento humano, elevando su espíritu, haciéndole vibrar con modulaciones distintas; y claro está que el amor de la patria, el más sano, el que no aparece manchado por egoísmo alguno, el más sublime de todos los amores, el que más abnegación pide, puesto que pide hasta el sacrificio de la vida, se

muestra con todo su esplendor en la guerra, donde el artista aspira á grandes bocanadas el hálito dramático que da vida á ese amor. Por eso, la pintura militar, especialmente cuando reproduce una escena de sangre, donde cada soldado es un héroe, como que en aquella escena palpitan al unísono los corazones de cuantos en ella toman parte, la representación plástica de la colectividad luchando por un sentimiento produce una doble emoción estética á la que no iguala otra alguna.

Que en España el sentimiento patrio existe vigo-

guado que á duras penas logra formar un pequeño ambiente. Hoy, con motivo de los acontecimientos acaecidos en Melilla, se demuestra con demasiada claridad que si el amor patrio existe vigoroso como sentimiento, la fría razón nos dice por otro lado cuán débiles son nuestras fuerzas. Así, en el organismo anémico, las ideas son tristes y opacas y en el cerebro no palpitan grandes energías; así, en los pueblos el marasmo y el escepticismo crecen y los anulan cuando dejan de ser fuertes y viriles; y el arte se manifiesta varonil ó afeminado, épico ó pueril, según el ambiente social en que vive. Por eso carecemos de pintura militar...

* * *

Y dejando ya estas filosofías, haré crónica.

Los sucesos, así de política interior como los internacionales, apenas si dejan lugar á que la atención se detenga en el examen y solución de otros asuntos. El concurso que en estos momentos se está celebrando para escoger el modelo de la estatua y monumento que en Covadonga quiere elevar al *re-Pelayo* la Diputación provincial de Oviedo, apenas si logra atraer la curiosidad, no ya del público, sino también de cuantos viven en las esferas del arte. Y cuenta que dichos estatua y monumento significan en dinero medio millón de reales, y desde el punto de vista artístico un problema histórico-estético para cuya resolución han debido revolver muchos documentos y meditar muchos días cuantos artistas concurren al certamen.

Diez son los proyectos y bocetos ó modelos de estatua que habrán de ser juzgados por la Academia de San Fernando. Como una de las condiciones del concurso exige que sean anónimos los trabajos, solamente he podido averiguar los nombres de seis escultores, y éstos son: Querol, Folgueras, Alcoverro, Marinas, Parera, y Gandarias. Ya ven los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que casi todos los artistas aquí nombrados figuran en la plana mayor

de la escultura española contemporánea.

Los jueces de este concurso son las dos secciones técnicas de arquitectura y escultura de la Academia, las cuales ya se han reunido para estudiar separadamente las obras. La lucha es grande y la expectación de los escultores mucho mayor.

Por mi parte poco puedo decir respecto de la bondad de los trabajos expuestos; apenas si he podido echarles una ojeada rapidísima, pues no solamente no se han expuesto todavía al público, sino que está prohibida terminantemente la entrada en el salón donde las estatuas y proyectos arquitectónicos se hallan colocados. Sin embargo, pude advertir que, respecto de indumentaria, á excepción de uno, todos los escultores estuvieron desacertados, y algunos desacertadísimos, puesto que se han atrevido hasta con la cota de mallá y el mandoble inclusive. Por lo que atañe á la interpretación de la legendaria figura del héroe de Covadonga, no he visto tampoco mayor acierto.

En verdad de hecho, la figura de Pelayo solamente como simbólica puede ser admitida para su realización plástica. Tan borrosa aparece en las crónicas, aun en aquellas más cercanas á la época en que e



UN TELEGRAMA, cuadro de L. Max Ehrler

roso no cabe dudarle; pero es una energía psíquica á la que no ayudan aquellas otras de la misma índole y mucho menos las materiales. Desgraciadamente nuestro poderío ha menguado en razón directa del impulso que otros pueblos dieron á su cultura. Y esto que parece una paradoja, esto que parece estar en abierta oposición con los altruismos de la filosofía moderna, en la cual la ética parece influir de un modo casi total; esto, repito, es, en el terreno de la realidad, un hecho innegable. Allí donde las ciencias, las artes, la industria, alcanzaron elevado puesto, las fuerzas materiales son mayores que en aquellos otros pueblos donde industria, arte y ciencia viven muriendo y debiendo su existencia al influjo que el dinamismo intelectual ejerce y ejercerá siempre. Por esta razón el arte tiene en la pintura militar una rama cuya misión es noble y levantada, porque despierta y conserva vivo un sentimiento viril, enérgico, y al propio tiempo hace la causa de la piedad poniendo de relieve todo el épico horror de la guerra.

En España apenas si se cultiva la pintura militar. Cusachs y Unceta, en segundo término Esteban y Navarro, son los pintores del género. Pero es que en España el sentimiento de nuestro poder es tan men-

héroe realizó, ayudado por un puñado de montañeses asturianos, ó de wisigóticos refugiados en las inaccesibles quebradas de las montañas de Asturias, el hecho glorioso conocido en la historia con la denominación de «batalla de Covadonga,» que algunos historiadores dudan, si no de la existencia de Pelayo, por lo menos de que éste fuese un príncipe de la sangre real de Witiza, llegando hasta poner en tela de juicio su origen étnico. Agreguemos á este particular que en el relato de los acontecimientos anteriores y posteriores á la batalla apenas si se destaca la personalidad de Pelayo, así como las obscuridades que se advierten en esos mismos relatos, cuando apuntan algo que se relaciona con su carácter privado, especialmente por lo que se refiere á la amistad ó amores de Munuza con su hermana, hacen de todo punto imposible suponerse el tipo moral del primer rey de la reconquista. Por esta razón dije más arriba que solamente como simbólica puede ser admitida la figura de Pelayo para darle forma con el barro.

Ya desde este punto de vista creo que la estatua debe simbolizar la fuerza y la fe cristiana. Con la lanza y con la cruz se alcanzaron las más grandes victorias que registran los anales de los primeros siglos de nuestra reconquista (y digo de los primeros siglos, porque no siempre la cruz y la lanza, por más que aparezcan juntas, consiguieron algunas de aquellas victorias en que luchaban unidos el noble y el prelado). Además de la fuerza y de la fe, en Pelayo se simbolizan la rudeza de una raza altiva y batalladora, indomable, y por último la idea de la patria. Por esto creo, al mirar aquellos modelos, faltos muchos, como he dicho, de verdad histórica en la indumentaria, serios y reposados en la actitud, unos finos y elegantes otros, otros sin carácter moral alguno, éste que parece un abanderado, aquél que recuerda vagamente cierta estatua de Carlomagno, el de más allá á un noble cualquiera del siglo XIII, que nuestros escultores si bien prueban una vez más que conocen los secretos de su arte, no así que se hayan detenido en el examen y estudio de la figura de Pelayo. Un escultor estuvo acertado, á mi ver, en el movimiento general de la estatua, en el tipo y en la indumentaria (salvo algún detalle), menos en el rostro y en la expresión. Veremos si la Academia de San Fernando piensa como yo.

**

Ayer 12, cuantas gentes paseaban á la caída de la tarde por el Prado y por la plaza de Madrid ó de la Cibeles, pudieron contemplar un hecho edificante. Varios mangueros y empleados del municipio, á cuya cabeza estaba un capataz, desmontaban por orden del alcalde de esta muy noble y muy culta villa del oso y del madroño las estatuas de yeso emplazadas sobre sus correspondientes pedestales, en la entrada del citado paseo del Prado, que representaban - mal ó bien, que esto no he de decirlo - á Villanueva, Lope de Vega, Fernández de Oviedo y Ramírez de Madrid, conocido por el *marido de la Latina*, la sabia dama de la reina Católica. Pero lo edificante era el modo de hacer la operación. Principiaron por el arquitecto Villanueva. Atáronle una maroma á la cintura, le suspendieron en el aire y... se hizo veinte pedazos; del suelo se recogieron millares de fragmentos. La misma suerte sufrieron las restantes. Los mangueros de la villa se tiraban unos á otros y por divertirse, ya la cabeza de Lope de Vega, ya los brazos de Ramírez de Madrid, bien la pensadora testa del cronista...

A todas estas, los escultores no saben todavía, y

después de un año transcurrido, si cobrarán su trabajo.

**

Consolémonos pensando que en París va á honrarse al gran pintor español, autor de *Las Meninas*, al inmortal Velázquez, erigiéndole una estatua ecuestre.

Un periódico parisiense explica en los términos siguientes el porqué de representar á caballo á don Diego Velázquez de Silva: «Un diario español - dice *La Liberté* - se extraña de que se haya pensado en

LA MADRE DEL TENIENTE

(EPISODIO DE AFRICA, 1860)

Las fechas solemnes de nuestra niñez son lápidas conmemorativas, cuyos rótulos se hacen más visibles cuanto más el tiempo transcurre. Conozco lápidas de esas; algunas hay sobre mi corazón... ¿Os reís de que mi corazón pueda con tanto peso? No, no puede... Se me figura ver esas lápidas dentro de mí, como una hilera de losas de nichos; hé aquí la inscripción de una de ellas:

I.º DE ENERO DE 1869

Pero bien; no es ese sepulcro el que voy á destapar ahora; ya lo hice alguna vez, y recientemente, para escribir un libro que no se publicó aún, titulado *Guerras Pasadas*. Dejo, pues, esa losa y bajo ella todo aquel concertante fantástico y aterrador de barricadas, redobles de tambores, gritos de furia, vibrar de cornetines, descargas de fusilería, maldiciones, lamentos, cañonazos, edificios que se derrumban, y todo lo demás que la fantasía del lector quiera añadir sobre una población asaltada por tropas de su mismo gobierno, y una milicia nacional, frenética, que lucha con bravura, sin saber lo que defiende...

Dejo eso, para pensar en la fecha del día que sigue; la del 1.º de Enero trae á mi memoria la del día 2. Los nacionales huían, ó fueron fusilados, ó estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de aquello que pasó. La furia de los soldados había ido extinguiéndose, como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplé admirado la alegría y la animación de estos hombres que, horas antes, lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas á cuantas personas encontraron en su camino. Era de noche; la ciudad estaba á oscuras; los faroles fueron rotos; las cañerías de gas obstruyéronse; en algún ventanuco, ó en el pretil despedazado de algún balcón, ardía una luz tenue que puso tal ó cual vecino; acá y acullá escuchábase el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un re-

ducto ó tras el tabique de un caserón que se derrumbaba.

- Patrona, había dicho un soldado. ¿No habrá por ahí unos leños que quemar?

No había. Mi madre lo expuso así. El soldado, sin enfadarse, dijo:

- Los traeremos entonces.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica, de palo santo, y las hojas de nogal con bellas incrustaciones de un armario que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento; la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima, de la cual éramos vecinos; intentó mi madre oponerse con blandura á que se quemasen maderas tan preciosas; los soldados echáronse á reír; un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el centro de la espaciosa cocina una gran hoguera; los soldados estaban alrededor calentándose, bebiendo, apostando, inventando acertijos, contando cuentos ó hazañas los unos de los otros, recordando escaramuzas... Este hablaba de su novia, aquél de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... La estancia se llenó de humo de los cigarros... Hablaban á la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa á lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, el cinturón



ALICIA, cuadro de Guillermo M. Chase

representar á Velázquez á caballo. Nada más natural, y la obra de M. Fremiet será históricamente exacta.

»La estatua será colosal, del tamaño llamado *triumfal*. Velázquez parece marchar al paso de un robusto caballo andaluz, con una palma de laurel en la mano. Está admirablemente colocado en la silla. Le cubre la cabeza un amplio sombrero con larga pluma, de donde se escapa la espesa y crespa cabellera, partida en dos masas iguales que llegan hasta la gola. Viste la pequeña capa exornada con la cruz de Santiago y puesto el collar: botas ajustadas... Así aparece en traje de gran ceremonia, como cuando precediendo - en calidad de *apostador mayor* - al cortejo real, hizo su entrada en Fuenterrabía, para presidir los preparativos de la entrevista allí realizada de Felipe IV y Luis XIV, en el mes de junio de 1660.

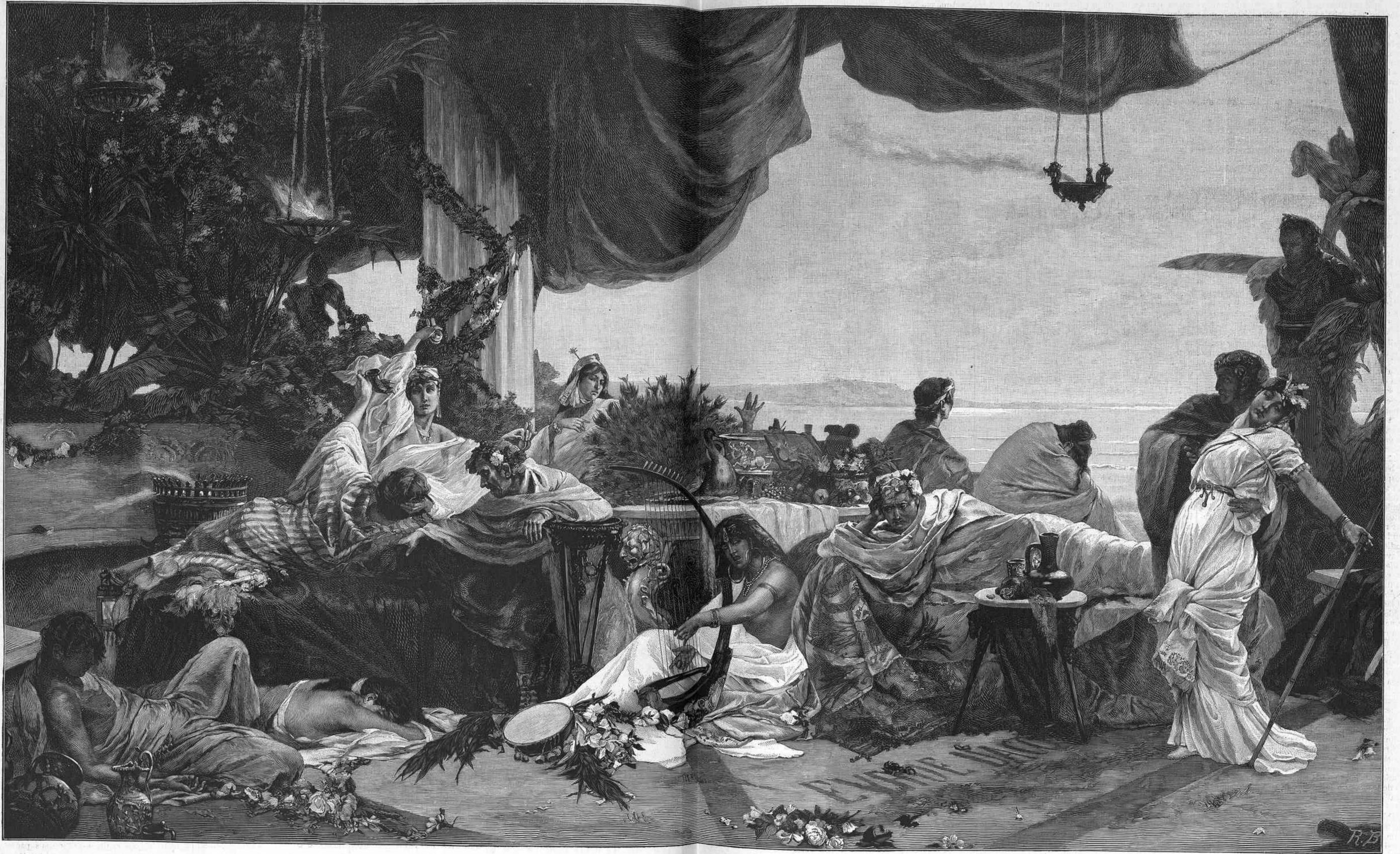
»Lebrún lo pintó en un cuadro de *La Conferencia* ya viejo y cercano á la muerte. Pero para la fisonomía del maestro, M. Fremiet tuvo en cuenta un documento más seguro; el admirable retrato que de Velázquez existe en la Pinacoteca de Munich.»

**

Todavía no sabemos oficialmente á qué atenernos respecto de los premios de la Exposición de Chicago.

R. Balsa de la Vega

Madrid 14 de octubre de 1893



DESPUÉS DE LA ORGÍA, CUADRO DE SWEDOMSKY, GRABADO POR R. BONG

fojo, desabrochado el peto, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis, que hoy no puedo explicarme tampoco; las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas parecíanme de una viveza y de un color sorprendentes; no he visto nunca más color de oro ni tonos azules tan brillantes ni tan bellos, como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera... ¡Bien es verdad que tampoco he vuelto á tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

— ¡Basta, basta, que el sargento Rodríguez va á hablar!

Reinó un silencio... como el de la calle, que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas, como lamentos quejumbrosos. Creyérse que las campanas de la Trinidad aguardaron esta hora para dar sus sonos, tan quejumbrosos como el gemido de los centinelas... Las llamas parecíanme más vivas, más onduladas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso...; las sombras de los soldados, proyectadas en las paredes de la cocina, grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos todos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolviáse el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolviáse en su roja púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos á todos.

— Pues señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más ó menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido á cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y palmas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido á pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente; mientras hablaba, arrollósele hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza, y crespo, erizado en el bigote.

— En los muelles de Málaga y en las calles próximas había más de sesenta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vítores; las calles se cubrían de banderas; los balcones estaban atestados de niñas bonitas, cada una con su pañuelo flotándolo, cada una con su ramo de flores de los huertos malagueños; los curas nos bendecían, las campanas repicaban, las madres se arrojaban á nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; el suelo de las calles por donde íbamos estaba lleno de juncias y de clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquél! Una muchacha de mantilla negra, hermosa como el cielo, con ojos grandes como el mar, de cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino á mí con un manojito de rosas; yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil, y perdido el seso por la patria y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice ¡pum! le dí un beso en un carrillo! Quedé loco de espanto, pero ella gritó: ¡Viva España! ¡Viva la reina!.. Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando, con el manojito de rosas en el cañón de mi fusil, y orgulloso como si llevara con él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

Aquella misma noche fuí con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña. Recuerdo que vivía la señora en la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general á la señora: «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado á traición por unos rifeños.» Me puse más blanco que el papel, mientras la señora leía... ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora, ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío!

Dobló la carta preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo... Se los dije... El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes á D. Leopoldo O'Donell... ¡Qué día!.. La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos; negáronsele, por no estar restablecido del todo; insistió, diciendo que era una ver-

guenza, que quería ganar los galones de verdad, y accedió al fin el gobernador, no teniendo otro entonces que le inspirase igual confianza. Era por la tarde; partimos; poca gente: el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo, preguntándome si quería seguirle; el bigotillo rubio se le erizaba como á los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas; no sé qué cosa me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí; designó á los otros. ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Ala! ¡Ala! De pronto... ¡Virgen! Entre unas pitas, una detonación; cae el teniente, el caballo escapa, nosotros disparamos sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos á las pitas... Un moro muerto, otro herido... Al herido lo lleva á Melilla un soldado nuestro, y yo sigo á galope con los otros. Cumplo el encargo del gobernador, volvemos, y al llegar á las pitas, voy á buscar el cadáver del pobrecillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... ¡Estaba allí, menos la cabeza!.. La cabeza la enviaron los moros al gobernador de Melilla, mofándose de él y del muerto, y encargando al Gobernador que se la mandaran á su madre, como un regalo de las kabilas del Riff.

Sin chistar oyó la señora lo que le conté, pero le corrían por la cara lagrimones como puños.

— ¿Está prisionero el moro herido?, me preguntó.

— Sí, señora.

— ¿Le conocería usted si le viera?

— Sí, señora.

— ¿Quiere usted venir á Melilla?

Me parece que oigo todavía aquella voz de la señora; parecía la voz de un muerto. Le dije que sí, pero que con qué licencia.

— La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví; tenía ya la licencia; aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar á Melilla se presentó la señora al gobernador; pidió ver al moro; se lo concedieron.

— ¿Es este?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

— Sí, señora.

— Déjenos solos.

Los dejé.

¿Qué hablaron la señora y el moro? ¡Quién sabe! Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro, pareció más muerta que nunca... ¿Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad?

Cuando el moro se alejó, la señora me dijo:

— Sargento Rodríguez, he averiguado quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló. No fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora; el que fué, huyó y está vivo. A éste que hoy libertamos le daré todo cuanto poseo para que haga lo que yo le mande; nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted acompañarme?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta; pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón. «Sí,» dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos á caballo, los dos solos; el moro esperaba... Fué la primera vez que un pillo de esos cumplió lo que ofreció, porque más traicioneros y más malos no los vi nunca... Pero es lo que pienso. ¡Mediaban en el asunto los monises de la señora!

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

— Este hombre afirma que el moro á quien buscamos se llama Mahomet Jara, y que vive con su madre.

— Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si le mató él y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me dijo muy serena:

— Este no fué; le miré los ojos y no los agachó; un asesino agacha los ojos si le mira la madre del hombre á quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet, el que murió y éste; el que murió no pudo cortarle la cabeza; éste tampoco, pues cayó prisionero. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre:

— Mahomet, es un cabo de kabilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá; se ven de noche en un chozón oculto entre unas jaras; éste que nos guía es el medianero de los dos...

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

— Aquí es, díjola en un español que merecía cuatro tiros.

— Llama, ordenó la señora.

Llamó y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

— Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

— Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba; la señora empuja con fuerza, y se mete de pronto; nada se oye... Los minutos me parecían siglos... Creí que era ya un viejo, cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

— ¿Qué ha pasado?, le pregunto.

— Venga usted.

La seguí; llegamos; el postigo abierto; un gran candilón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubramente sobre el cuerpo de Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada. Me asusto, no por el muerto, sino de pensar en la brava sangre de aquella mujer.

— Salgamos, digo.

— Todavía no, responde ella.

Saca el puñal de la herida, y cercena de un golpe la cabeza del moro; cógela del pelo, la lía en un paño, salimos, se dirige la señora al moro que aguardaba.

— Aquí tienes, le murmura, dándosela.

La toma el moro y se escabulle sin chistar.

— ¿A quién se la lleva?, pregunto á la señora, muerto de espanto.

Y la señora responde:

— A su madre.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

NUESTROS GRABADOS

La sopa, cuadro de David Nillet. — Representa este cuadro una escena rústica en toda su austeridad sencilla: la decoración es fea y triste, los personajes vulgares y en actitudes abandonadas, y á pesar de esto, el conjunto de esta composición, que á primera vista parece sin atractivo para los que distraídamente la miran, tiene un sello de sinceridad tal que fascina á cuantos con atención la contemplan. Y este resultado se debe al mérito de una observación justa y de una ejecución franca, cualidades merced á las que un verdadero artista se impone al público comunicando interés á los más vulgares episodios de la vida ordinaria que, sin el auxilio del arte, pasarían inadvertidos.

Un telegrama, cuadro de L. Max Ehrler. — ¡Quién puede adivinar el terrible drama cuya última escena presenta el hermoso lienzo del notable pintor alemán Max Ehrler! El telegrama que pone el colmo á la desesperación de esa joven hasta el punto de impulsarle á empuñar el arma con que ha de terminar sus sufrimientos, quizá le anuncia la muerte del amante idolatrado, quizás la deshonra del esposo. ¡Quién sabe! Por si alguno tachase de inverosímil la escena ó de exagerada la situación sólo le diremos que hace algunos días en uno de los principales hoteles de Madrid ocurrió un hecho idéntico al que el grabado reproduce, es decir, el suicidio de una hermosa dama á poco de haber recibido un telegrama en que se le anunciaba, al parecer, la muerte de cierto joven. De la interpretación del asunto, ¿qué podemos decir una vez conocido éste? La figura de la joven está tan bien sentida, hay tal intensidad en la expresión de su dolor, tanta desesperación en su actitud que su vista emociona profundamente; y cuando un artista sabe emocionarse hasta este punto, es que su genio ha sabido dar con un tema hondamente humano y su talento ejecutarlo con maestría.

Alicia, cuadro de Guillermo M. Chase. — Mr. Chase es una de las personalidades artísticas más salientes de los Estados Unidos y de las que más han contribuido al desenvolvimiento del arte moderno en aquel país. La Liga de Estudiantes de bellas artes de Nueva York, en donde se educan mil alumnos, cuéntale entre sus profesores desde 1879, época en que regresó á su patria después de haber estudiado las escuelas europeas y especialmente la de Munich, acerca de las cuales posee conocimientos completos.

Mr. Chase es individuo de la Academia Nacional y Presidente de la Sociedad de Artistas Americanos, y de su valía como artista es clara prueba el retrato de niña que publicamos, en el cual se advierten todas las buenas cualidades que tanta fama han dado á las escuelas alemanas y especialmente á la muniquense, cuyas enseñanzas tan admirablemente ha sabido aprovechar el autor de *Alicia*.

Después de la orgía, cuadro de Swedomsky. — Entre los más famosos pintores rusos ocupa uno de los primeros lugares el artista cuyo es el cuadro que reproducimos. La antigüedad con sus pintorescas costumbres le atrae y la grandiosidad de las composiciones con sus dificultades parece que le fascina moviéndole á acudir á todos los recursos del arte para vencer los obstáculos. El asunto del lienzo *Después de la orgía* harto se comprende con sólo ver los semblantes macilentos, las actitudes de cansancio, consecuencia de la distensión que sucede á todo exceso: de su ejecución queda dicho todo no más que calificándola de digna del ilustre émulo de Makowsky, Siemiradzky y demás portaestandartes de la pintura en Rusia.

D. Carlos María Ocantos, notable novelista bonaerense. — El Sr. Ocantos, que figura entre los primeros escritores de la República Argentina, nació en Buenos Aires en 1860 y á los catorce años compuso su primera novela que no llegó á publicarse. Cursó la carrera de derecho, pero comprendiendo que su carácter no era para el foro, dedicóse de lleno á sus aficiones literarias. En 1884 ingresó en la carrera diplomática, habiendo desempeñado desde entonces los cargos de primer secretario de la Legación en Río Janeiro y de la Legación en España, donde desempeñó, además, el puesto de Encargado de Negocios: quizás por esto son tan vivas las simpatías que siente por la nación española.

Como novelista es quizás el de más alientos que tiene la República Argentina: ha publicado hasta hoy las novelas siguientes: *León Saldívar*, *La Cruz de la Falla*, *Quilito*, *Entre dos luces* y *El candidato* y, según noticias, está dando la última pluma á otra titulada *La Nueva Saja*.

El Sr. Ocantos, á pesar de su juventud, es más que una esperanza una gloria legítima de las letras argentinas.

UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. — ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONTINUACIÓN)

— La busco y no la encuentro, respondió Huberto. A menos que para explicar esos fenómenos lumínicos no admitamos la existencia en el polo de un hogar extraordinariamente activo, de movimiento, algo así

luz, y un triple grito de admiración estalló dentro del submarino.

— ¡Flotamos en plena luz!, exclamó la entusiasmada joven.

— ¿Dónde estamos?, preguntó Huberto sobrecogido de una vaga inquietud.

Como una respuesta á sus palabras, se extinguió bruscamente la iluminación. Todo volvió á quedar entre densas tinieblas. Al mismo tiempo, un rudo choque hizo gemir la armazón del submarino. El *Gracia de Dios* se detuvo por modo súbito.

XIII

EN EL POLO

Reinó un momento de indecible angustia entre los navegantes.

La violencia de la conmoción había hecho perder el equilibrio á todos, y sin el socorro de los brazos de Huberto, Isabel se hubiese estrellado indefectiblemente la cabeza contra las viguetas metálicas del submarino.

Pero reflexionando un poco, Huberto se explicó la causa del fenómeno, pues la obscuridad sólo duró un momento.

En aquella región saturada de fluido, una arista saliente, una columna, hacían las veces de formidables acumuladores, y el buque, pasando cerca de uno de ellos, había producido una descarga eléctrica bastante fuerte para determinar la extinción de todas las claridades. La extremada penetrabilidad del medio ambiente había sólo salvado al buque de una destrucción cierta.

Por desgracia, la sacudida había derribado una parte del edificio y el *Gracia de Dios* se hallaba ahora en el fondo de un callejón sin salida. Era preciso, pues, apartarse de allí.

Enfrente de él tenía el submarino un tabique de enormes bloques que no podía derribar el esfuerzo de su máquina, pero que un potente explosivo podría apartar.

Isabel antes que sus compañeros adivinó el sistema y dijo:

— Ha llegado el momento de lanzar un torpedo.

— Había pensado en ello, contestó Huberto; pero temo recurrir á ese medio extremo.

— ¿Qué teméis, pues? ¿Pensáis que puede hundirse esta bóveda?

— No, no es esto lo que temo, sino el remolino formidable que producirá el explosivo en ese espacio cerrado, pues podríamos ser proyectados contra el fondo.

— ¿Preferís, pues, quedar en este callejón?

— Como no podemos perder tiempo, respondió su primo, á probar, y ¡que Dios nos tenga de su mano!

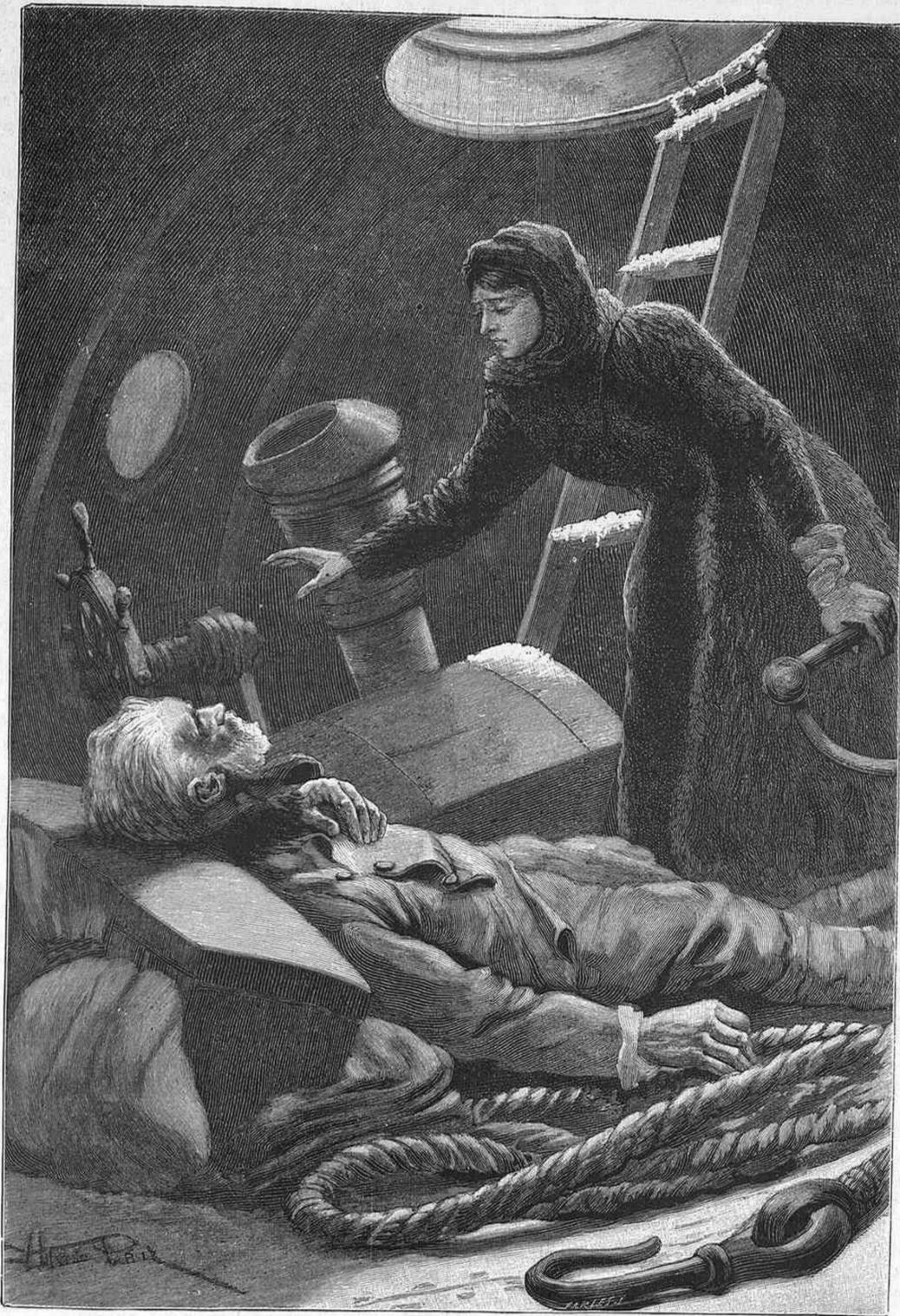
El torpedero hizo máquina atrás hasta un espacio de trescientos metros. La cavidad se prolongaba mucho más hacia adelante debajo de la bóveda: la parte de la bóveda submarina en donde se encontraban los viajeros era un verdadero nicho cuyas dimensiones era imposible calcular á primera vista. Pero desde aquel momento Huberto se sintió tranquilizado, pues comprendió que bastaría que el submarino retrogradara en tanto que avanzaba el torpedo, para poner al submarino al abrigo de la brusca conmoción de las capas de agua.

La maniobra no fué muy larga. El torpedo fué lanzado por el tubo de proa, y en tanto que adelantaba en línea recta y explotaba al tocar á la pared, el buque retrocedió prudentemente.

El choque del explosivo determinó un remolino formidable y el submarino fué sacudido durante unos momentos como por las olas monstruosas de una tempestad; pero como el remolino no le empujó contra ninguna de las paredes, pudo al cabo de poco rato hacer máquina avante y Huberto vió que el torpedo había abierto camino entre las rocas.

Resultantemente imprimió al buque la mayor velocidad posible, cuidando de no acercarse demasiado á las paredes de aquel túnel prodigioso.

Pero era preciso salir de allí. Consultando su cronómetro, advirtió que hacía dieciocho horas que habían abandonado á sus compañeros y diez que navegaban sumergidos. A pesar de todas las precauciones tomadas y del oxígeno puro que vertían los tubos, la atmósfera era muy densa ya en el buque. El ácido carbónico, según su costumbre, se depositaba en el fondo, y Huberto lo advirtió bien pronto, pues Guer-



Allí se encontró junto á su padre inanimado

como una catarata desmedida por la cual caigan miles de millones de metros cúbicos de agua.

— ¿Y esa causa bastaría para explicar todo lo que vemos?

— Sin duda, ya que el calor, la luz y la electricidad no son sino modalidades de un mismo principio: el movimiento.

En aquel punto les interrumpió un grito dado por Guerbraz. El marinero que estaba en la proa con el ojo aplicado á los lentes de cristal para vigilar el camino exclamaba:

— ¡Comandante, creo que remontamos!

Huberto se lanzó á su lado y miró. Una claridad esplendente inundaba el interior del buque, y tan vivos fueron sus destellos que las lámparas de incandescencia parecieron amarillear y apagarse. El joven, lleno de estupor, corrió al manómetro que indicaba la presión.

— No, dijo, no subimos.

Movida por un sentimiento de curiosidad, Isabel descorrió las demás portas que dejaban penetrar la

Decía verdad.

Era un verdadero deslumbramiento. Si no se hubiesen visto los muros y las columnas que sostenían aquel maravilloso edificio, se hubiera creído en pleno cielo, dentro de la aureola misma del sol. A cien metros encima de sus cabezas, los viajeros veían la bóveda parecida á un techo de cristal. Los muros y las columnas se revestían de esplendorosos prismas. Zafiros, esmeraldas y amatistas brillaban allí, y de cuando en cuando parecía verse el centelleo deslumbrador de las facetas del diamante. En las profundidades se veían caer cascadas de piedras preciosas, nunca soñadas con la imaginación siquiera. El agua, invisible, había cedido su sitio á la atmósfera de claridad radiosa.

— ¡Dios mío!, murmuró Isabel dirigiendo una plegaria al Creador. ¡Cuán admirables y hermosas son vuestras obras!

El agua de aquel sitio tenía una temperatura primaverál. Los viajeros tuvieron que despojarse de sus vestidos polares.

braz, que se había bajado para recoger un objeto, fué presa de un síncope, y no se hubiese levantado si d'Ermont, comprendiendo lo que sucedía, no le hubiese levantado en seguida.

Aprovechó aquel incidente para prevenir al marino y á su prima del riesgo que corrían bajándose, y al propio tiempo les indicó que urgía salir de aquel subterráneo si no se quería agotar la provisión de oxígeno y gastar la que se destinaba para la vuelta.

En su consecuencia aconsejó á Isabel que se fuera á descansar y á Guerbraz que hiciera lo propio, prometiéndose dejarles que durmieran aquella seis horas y éste cuatro, pues tenía motivos suficientes para esperar que en ese tiempo el torpedero terminase su viaje al través de ese terrible conducto subterráneo.

La marcha del submarino no había sido muy rápida, y durante aquellas horas de inmersión sólo se

advirtió con estupor y espanto que el *Gracia de Dios* derivaba en un ángulo de 45 grados.

Casi al mismo tiempo se extinguió por completo la espléndida iluminación. Huberto proyectó el haz eléctrico hacia fuera y no advirtió ningún muro, ninguna columna.

—¿Habremos salido del túnel?, se preguntó.

Para saberlo, no había más que un medio: remontar.

Esto es lo que hizo el joven teniente.

Pero para ello le era preciso el socorro de Guerbraz, pues había que mover las pesadas cadenas que retenían las tapas de los depósitos de agua. Así lo hicieron, y el buque, libre de lastre, remontó á la superficie lo mismo que una burbuja enorme.

Al mismo tiempo el mar recobraba su iluminación interna: el inmenso foco eléctrico que en sus abismos

—¿Vamos?, preguntó sin preámbulos á su novio.

—Sí, vamos allá, contestó riendo Huberto.

Y con su índice mostraba á los ojos maravillados de su prima una línea blanquecina que aparecía á algunos millares de brazas, sobre la cual había una especie de bruma en forma de anillo.

El buque avanzaba con rapidez. Saltaba, por decirlo así, de uno en otro círculo concéntrico, aproximándose á la arista del enorme embudo.

De repente se elevó un clamor áspero y salvaje, y al propio tiempo la niebla se disipó, dejando ver el fondo del abismo.

Fué una ojeada sublime, un espectáculo único, como los ojos de los mortales no pueden imaginar.

El centro del polo era una tierra.

Pero ¡qué tierra y qué centro! ¡El paraíso, arrebatado al primer hombre, estaba allí!

—¡Ah, sí! Aquel espectáculo era único. Alrededor de aquella tierra central, el mar elevaba sus olas á guisa de gigantesca corona y á una altura de 20 metros, cuya pendiente, lisa por la parte del polo, parecía una muralla de cristal, sobre la que había una franja de espuma más blanca que la nieve, que lanzaba á lo alto brillantes copos de rizada agua.

El submarino, acentuando sus movimientos, llegó hasta aquella cresta, y los viajeros, maravillados, pudieron saciar sus ojos en la contemplación de aquel edén.

Parecía que viajasen por las inexploradas regiones del sueño y que hubiesen pasado á otro mundo.

Debajo de ellos, la tierra polar, vestida de una verdura maravillosa, parecía enorme viviente esmeralda. Arbustos enanos, pero provistos de espeso follaje, desplegaban toda la pompa y seducción de una flora desconocida en los demás puntos del globo.

La atmósfera templada demostraba que reinaba una primavera eterna sobre aquel punto inmóvil del globo, donde no soplaban otro viento que el levisimo producido por el remolino de las aguas, cuya espuma caía en chispas que ostentaban todos los colores del iris como cascada continua de brillantes.

Apenas el *Gracia de Dios* hubo llegado á la cresta, cuando, llevado por su propio peso, fué bajando por la pendiente, hasta que encalló en la fina arena que formaba la playa de la tierra polar.

—¡Oh!, exclamó Isabel, batiendo palmas. ¡Esto debe ser la entrada del paraíso!

—Es verdad, dijo Huberto, y confieso que esto trastrueca todas las visiones que del polo me había forjado.

—¡Pardiez!, replicó Guerbraz, yo siempre me había imaginado que el polo debía estar ocupado constantemente ó por el mar sin límites ó por un volcán en continua erupción.

—Sí, Guerbraz; y los sabios también lo creían y tenían sus razones para ello. Pero no habían tenido en cuenta el fenómeno de la rotación que nosotros hemos comprobado. Una sola cosa extraño, y no puedo explicármela.

—¿Cuál?, preguntaron sus compañeros.

—Que en el polo, la noche debe durar exactamente seis meses, y no es posible imaginar cómo vive toda esa vegetación durante las largas tinieblas.

Nadie supo qué contestar. Pero la misma naturaleza se encargaría de explicar aquella extrañeza.

El oficial había notado que en el momento en que la proa del submarino tocaba á la playa, había brillado una luz rápida y una sacudida bastante fuerte había rechazado el buque hacia el agua.

Pero á la larga y después de una serie de chispas que descargaron la electricidad del suelo, el débil casco de aluminio había acabado por tomar tierra.

Aquella observación había bastado á d'Ermont para tomar algunas precauciones.

Se había dicho que todo el islote hacía oficio de una botella de Leyden, y que todo contacto debía romper el equilibrio de las fuerzas magnéticas esparcidas por la superficie.

En consecuencia, no quiso poner el pie sobre aquella tierra sin tomar antes las debidas precauciones. Corrió, pues, hacia proa y tomó una percha, la cual debía ayudarlo á saltar y evitar el choque.

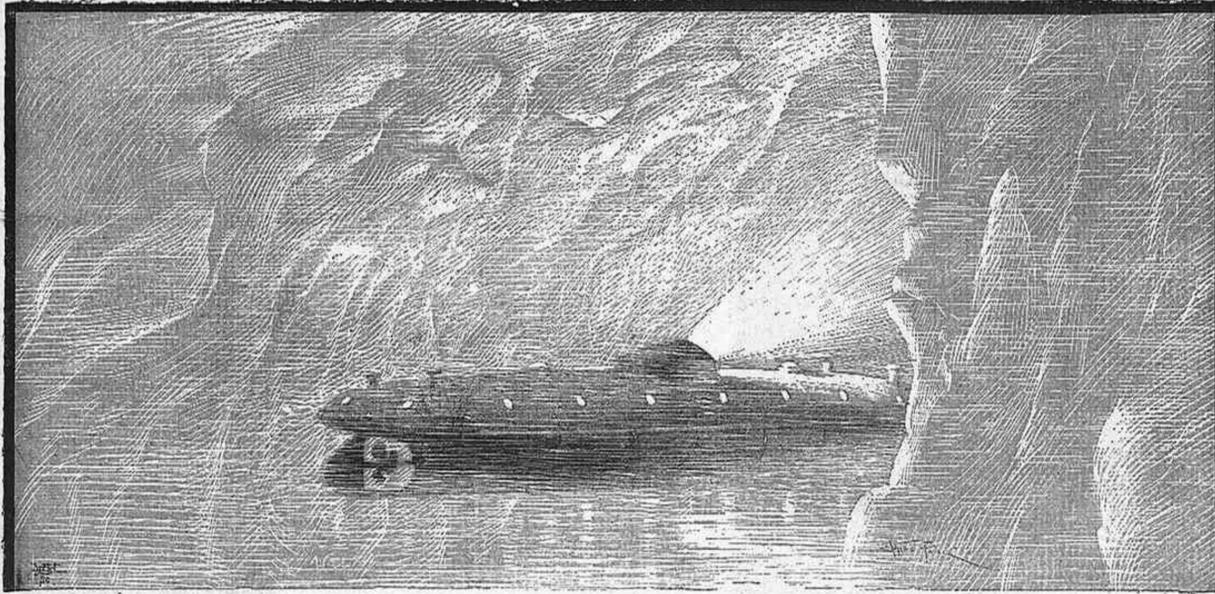
Pronto advirtió que su teoría era exacta.

Isabel, que había saltado antes que nadie pudiera presumirlo, lanzó un grito de terror y cayó derribada sobre la arena; pero se levantó en seguida sonriendo, y dirigiéndose á su primo, que llegaba asustado, le dijo:

—No os asustéis; ya veis que no he muerto.

—Pero habéis cometido una imprudencia, mi hermosa prima. ¿No habéis advertido que esta tierra está saturada de electricidad?

—No, ciertamente, no lo había advertido; pero ahora que lo hemos experimentado no hablemos más del asunto. Lo mismo da. Pero ¡qué país tan lleno de encantos es el polo!



Los muros y las columnas se revestían de esplendorosos prismas

adelantaron unos 60 kilómetros, teniendo en cuenta las revueltas del camino y los cambios de orientación que alguna vez se notaron.

Huberto veló solo por la seguridad del buque, cosa que le produjo triple trabajo, pues además de atender á su propia ocupación hubo de hacer las veces de vigía en lugar de Guerbraz y de observar la brújula y los cronómetros, faena que hasta entonces corriera á cargo de la señorita de Keralio.

Como medida de precaución encendió bujías á diversas alturas graduadas del buque, para que, al apagarse, le dieran previo aviso de la invasión del ácido carbónico.

Tomadas todas estas disposiciones, el teniente de navío dirigió una afectuosa mirada al valeroso Guerbraz, su atrevido compañero de aventuras, y á aquella hermosa y joven criatura que había de ser su esposa una vez realizada su peligrosa expedición. Luego se colocó en el centro del torpedero y le hizo tomar de nuevo su andar de catorce nudos.

Sin embargo, la inquietud, esa inquietud profunda que experimenta siempre el varón más fuerte al luchar contra los elementos, se apoderaba de él, y ahora, que no tenía que fingir ante sus compañeros, su frente se arrugaba y se crispaban sus manos. El señor de Keralio le había hablado de aquel viaje subterráneo, pero nada le había dicho que pudiera hacerle prever la duración del mismo, y al oficial le parecía que esa duración se prolongaba demasiado.

Aquella submersión prolongada le asustaba.

Aquella bóveda enorme parecía aplastarle con su pesadez.

Durante un momento imaginó que era la inquietud moral la que le producía tal molestia; pero bien pronto se dió cuenta de que obedecía á una causa física.

La atmósfera se viciaba más y más. Las capas inferiores, bajo la presión del aire respirable, despedían lentamente óxido de carbono. Dos de las bujías encendidas hacía poco rato se habían apagado ya, y el gas carbónico llegaba á la altura de un pie sobre el pavimento.

Alrededor del buque las aguas permanecían luminosas, absolutamente saturadas de electricidad. ¡El buque atravesaba una aurora boreal permanente... y líquida!

Huberto miró ansiosamente por la proa y le pareció observar una degradación inexplicable de matices. Proyectó mayor cantidad de hidrógeno en el motor y alcanzó una marcha de diez y seis nudos.

Pero entonces se produjo un fenómeno singular. El oficial, que tenía los ojos fijos sobre la brújula,

se encerraba enviaba en todas direcciones sus rayos de un color blanco violáceo.

Pero desde el momento en que Huberto hubo abierto la capota para dejar penetrar el aire exterior, que en un momento purificó la atmósfera viciada, el joven tuvo la explicación del fenómeno de la desviación de la aguja que tanto le había asustado.

Habían llegado al otro lado del cinturón de hielos al que soporta el almacén de rocas polares. El mar en que flotaban, libre completamente en aquel momento, tenía una blancura lechosa. Una extraña agitación le animaba, en tanto que un ruido sordo, no interrumpido, llegaba al oído de los viajeros.

Encima de ellos, un cielo azul purísimo se dilataba. Tal era su pureza que se advertía la presencia de las estrellas. Mirando mejor, advirtieron los dos hombres que el cielo azul formaba un círculo alrededor del cual se amontonaban las nubes y las brumas de las regiones de donde venían, y demostrando que más allá de los límites de los hielos paleocrísticos, el frío volvía por sus derechos.

El submarino continuaba derivando. El ángulo, que era de 45° hacía un momento, había llegado á los 60°, prueba segura de que el barco no marchaba hacia el polo, sino que seguía una tangente á un último círculo polar del cual no podía todavía apreciarse la extensión.

La verdad apareció deslumbrante, más de lo que había osado presumir, á los ojos de Huberto.

—¡La rotación de la tierra!, exclamó á voz en grito en tanto que Guerbraz le miraba con estupor sin comprenderle.

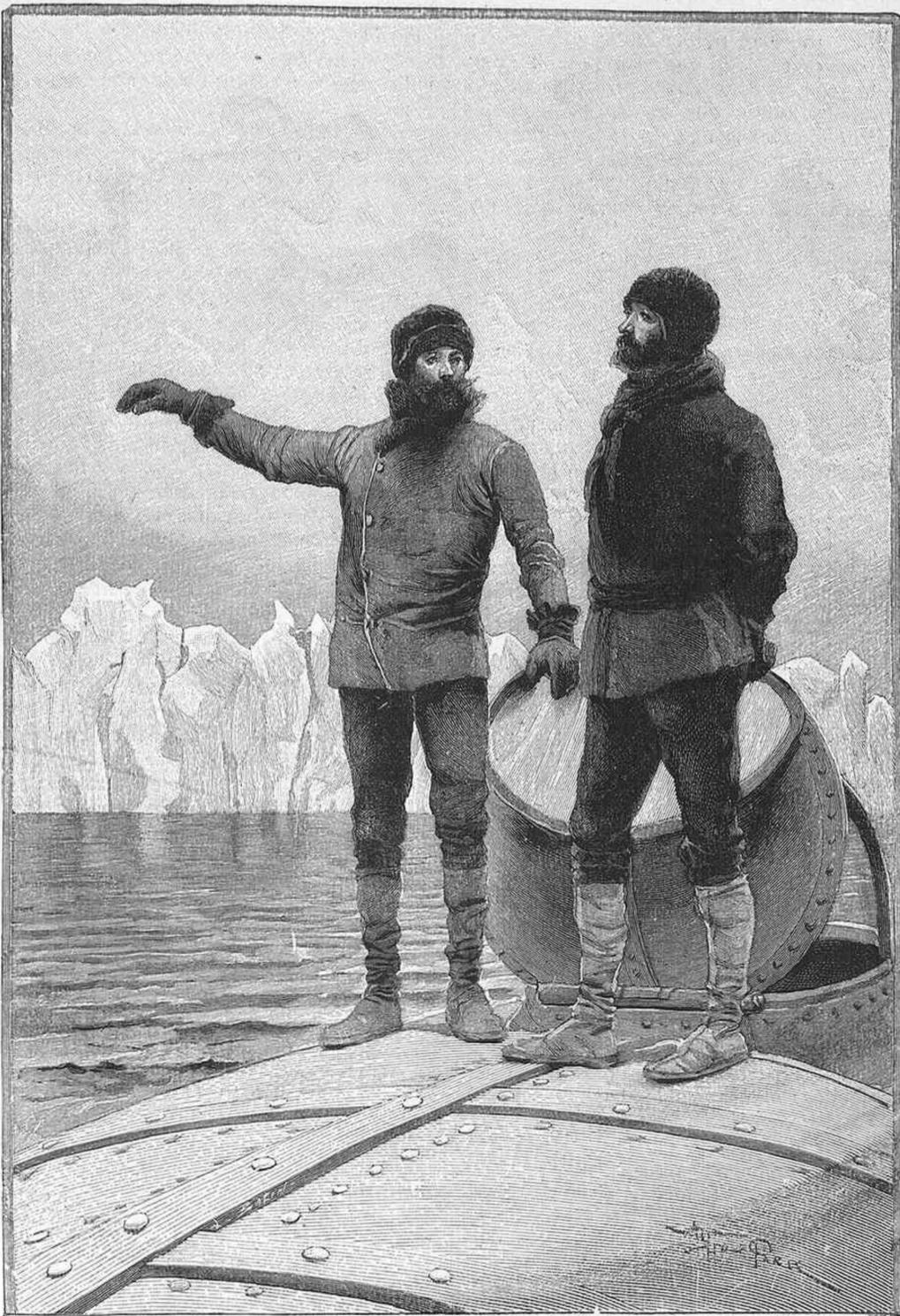
El joven dió algunas explicaciones al marino.

En vez de entrar en lucha directa y además imposible contra la fuerza inmensa que movía las olas en el mismo sentido de la rotación del globo, el buque atacó la líquida masa al soslayo. Huberto estaba seguro ahora de no ser víctima de un vórtice aspirante; pues, al contrario del Maelstrom, aquel remolino lanzaba desde el centro á la periferia todos los cuerpos que en él flotaban.

Hacia ya seis horas que dormía Isabel, y su primo, juzgando que aquel reposo bastaría á la joven, y no queriendo privarla de la magia de aquel espectáculo, la llamó.

La joven lanzó una exclamación admirativa en presencia de aquel espectáculo.

El problema del cual perseguían la solución, la había recibido durante su sueño. Se había dormido bajo las aguas y despertaba al aire libre y vivificante, á algunos kilómetros apenas de aquel polo tan anhelado.



Mirando mejor, advirtieron los dos hombres que el cielo azul formaba un círculo

- Es verdad, dijo Guerbraz que, saltando á su vez, acababa también de ser derribado.

- ¡Vaya!, exclamó d'Ermont sonriendo, no nos falta sino tomar posesión de nuestro reino.

Empezaron en seguida y examinaron primero la costa.

Fué aquello una sorpresa continua.

Advirtieron la mucha densidad del agua que ceñía la isla como la contraescarpa de un fuerte. Como aspirado por una succión gigantesca, el agua se elevaba en una suave pendiente de unos cincuenta metros por veinte de altura, formando así con la tierra polar una verdadera cubeta de la que esta tierra era el fondo.

Se veía á ésta hundirse y prolongarse por bajo de aquella muralla moviente, de agua tan densa que se hubiese creído solidificada. Huberto, más y más extrañado, trataba de explicarse aquel problema.

No hallaba más que una solución; pero no le satisfacía.

Pensaba que quizá aquel islote estaba formado por un solo bloque granítico sin una grieta ó concavidad. Sólo así se comprendía que la rotación del globo alrededor de su eje hiciera mantener las aguas muy por encima del nivel de la tierra y formase de tal modo aquella muralla mucho más duradera y resistente que las de granito. Únicamente por la lenta sucesión de miles de siglos podría modificarse aquel estado de cosas que confundía la razón humana.

Pero aquella hipótesis, para aceptarla, debía ser comprobada, y no había medio de hacerlo.

Los tres compañeros ganaron el interior de la isla y se esforzaron en ganar el centro de la misma.

Pero esto era difícil: la aguja imanada no era de ninguna utilidad y no marcaba á derechas, sino que tomaba cualquier dirección. Tampoco había ninguna estrella que pudiese dar indicaciones precisas por

más que, á pesar de la luz del día, pudieran distinguirse algunas constelaciones, especialmente la Osa mayor.

Fué preciso, pues, recurrir á un medio artificial.

Puso un palo sobre el buque y sobre él una bandera tricolor. Después midiendo idealmente un ángulo recto se encaminó hacia el vértice del mismo.

Atravesaron una especie de selva enana. Había allí toda suerte de plantas; desde las aromáticas que crecen en los montes de las zonas templadas y frías, hasta las que se desarrollan en las selvas tropicales. Tan espesa era la vegetación que casi no podían abrirse camino los viajeros. En cuanto á la fauna, era más rara todavía. Aquí y allá revoloteaban algunas mariposas sobre extrañas flores de orquídeas. Algunos pájaros semejantes á las golondrinas y al pardillo de las zonas frías daban caza á las mariposas. Lagartijas de rara forma corrían entre las quebras de aquella tierra, que era tan compacta que parecía hecha de panes de arcilla.

Pero á medida que avanzaban, sentían los viajeros que el terreno bajaba. Decididamente, la rotación dejaba sentir sus efectos, no sólo en el mar, sino en tierra. El polo, tan lleno de revelaciones sorprendentes, aún parecía guardar más.

- Si continuamos así, dijo alegremente Isabel, el centro del mundo bien puede ser que sea un agujero.

- Acertáis, señorita, replicó Guerbraz; mirad hacia allá.

Acababan de llegar á un punto de la pendiente, desde el cual la mirada, al través de la verdura, podía ver el centro de la isla. Por todos lados bajaban hacia el centro suaves pendientes alfombradas de verdura. En el fondo había un valle circular y en el centro del valle un lago de aguas tan puras, tan quietas, tan transparentes, que se le hubiera tomado por una masa de plata maciza, si de un mismo centro no bro-

tara un chorro de agua que se elevaba á prodigiosa altura y caía en cascada finísima que ostentaba todos los colores del arco iris.

No pudiendo apenas creer todos á sus ojos, apresuraron el paso y llegaron al lago.

Isabel de Keralio tenía razón: el centro del mundo era un agujero.

XIV

FUERA DEL CENTRO

Sí, el centro del globo era un agujero, pues cuando los viajeros llegaron á sus orillas el lago había desaparecido, el surtidor con él, y en su lugar se veía un espantoso abismo, un agujero de 1.000 á 1.200 metros de diámetro que tenía las paredes perpendiculares, casi lisas, del cual no se veía el fondo, pero cuyo vacío horroroso, lleno de vértigos, parecía tapizado de vapores tumultuosos, cuya superficie ondulaba á unos diez metros por debajo de la orilla, sin llegar á ella jamás. Los tres exploradores tuvieron un mismo pensamiento y lanzaron un mismo grito.

- Hemos sido juguetes de un sueño ó de un espejismo.

Sin embargo, se detuvieron, pues la fatiga les rendía. Aquella sucesión de maravillas tan raras como impensadas había mantenido en tensión su espíritu, y la luz del día, no interrumpida, no les permitió calcular las horas. Cuando Huberto consultó el reloj, advirtió que habían pasado veintidós horas desde que estaban en el islote. ¡Veintidós horas: un día y una noche! La naturaleza reclamó sus derechos y el sueño rindió á todos.

Levantaron la tienda, y como los sacos de piel de bisonte eran inútiles bajo aquella temperatura, no los abrieron y se echaron vestidos encima de ellos.

Largo y profundo sueño les mantuvo inmóviles durante muchas horas. Al despertar fué grande su sorpresa cuando vieron que el lago había reaparecido y que la columna de agua se elevaba como la víspera á ciento cincuenta pies de elevación, coronándose de un penacho de diamantes líquidos.

- ¡Oh! ¡oh!, exclamó d'Ermont. Empiezo á comprender. Esto es una fuente intermitente, una especie de geysir maravilloso. El agua de donde sale se encuentra, gracias al movimiento de la tierra, tan pronto encima como debajo del orificio que vemos ahí cerca. De ahí la fuga de las aguas y su vuelta periódica cada doce horas. Por lo que hace al surtidor, se debe ciertamente á una presión suplementaria, y su gran altura obedece á la pesadez menor que tiene el aire en el polo que en el ecuador.

Aquella segunda hipótesis podía comprobarse fácilmente, lo que se hizo por medio del barómetro. Para confirmar la segunda, d'Ermont recurrió á un procedimiento muy sencillo.

Fué á situarse en la extremidad opuesta del lago y echó en la superficie una rama de árbol, previamente despojada de sus hojas y á la cual se había atado un trozo de ropa de color.

La rama pareció primeramente que guardaba el sitio en que la habían tirado.

Pero al cabo de cierto tiempo, se alejó insensiblemente del borde y fué hacia el centro del lago, no siguiendo una recta, sino describiendo una línea curva que le hizo recorrer sucesivamente todos los puntos cardinales. Al cabo de seis horas habían desaparecido de nuevo las aguas bajo su capa de vapores. Huberto echó entonces la sonda, que acusó 60 metros de profundidad. Quedaban, pues, seguros de que el fondo de las aguas se hallaba á 120 metros poco más ó menos, teniendo en cuenta la diferente altura de las orillas.

A todo esto, había transcurrido ya el quinto día desde que los jóvenes se habían separado de sus compañeros, y era preciso pensar en la vuelta. Huberto repetía, riendo, con una variante, el verso de La-Fontaine:

No sólo debo ver, sino salir de aquí.

Hasta entonces todo había ido perfectamente, y hecha excepción de algunos incidentes de detalle,



habían tenido siempre buena suerte y buen camino. Ahora el problema era de excepcional gravedad.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINAS PARA VOLAR

El problema de la locomoción aérea á voluntad viene preocupando desde hace muchísimo tiempo á los sabios y aun á muchos que no lo son y que tratan de conseguir por medios empíricos lo que aquéllos no han logrado aún realizar con sus estudios y experimentos científicos. Las soluciones que á este problema se ha querido dar son de dos clases: unas tienden á encontrar la dirección de los globos; otras á facilitar al hombre un aparato que le permita tender el vuelo por los espacios aéreos.

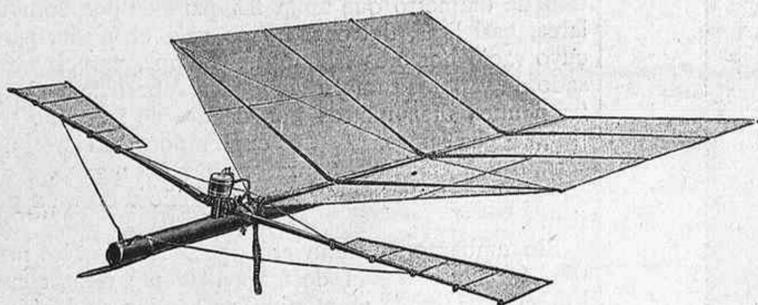


Fig. 1. Máquina para volar de Mr. Hargrave

Las pruebas verificadas con los aerostáticos aumentan de día en día el caudal de conocimientos sobre la física de la atmósfera que tan necesarios son para los que persiguen el descubrimiento de la navegación aérea.

Hoy en día, la mayor parte de los que á tales inventos se dedican consagran su inteligencia y su trabajo preferentemente á las máquinas voladoras propiamente dichas. Los más toman como modelo para sus experimentos á las aves, al paso que algunos opinan que el vuelo de los insectos es el que mejores enseñanzas puede ofrecer para inventar el vuelo del hombre. Y no es sólo en el papel en donde se consignan los proyectos voladores, sino que no son en escaso número las tentativas prácticas que en mayor ó menor escala se han realizado, y en la actualidad casi todas las naciones se disputan el honor de haber producido la primera máquina realmente propia para volar; lo cual no quiere decir que los Estados, como tales entidades, hayan hecho nada para fomentar la técnica voladora, puesto que todo cuanto hasta ahora se ha hecho para llegar al gran descubrimiento del vuelo del hombre se ha verificado en el terreno pura y exclusivamente particular. Los Estados demostrarán su interés por esta clase de trabajos cuando alguien haya cruzado por los aires á voluntad, es decir, cuando pasada la hora de los sacrificios llegue la hora de sacar provecho del descubrimiento.

Las pruebas privadas se han realizado en todos tiempos: en un principio hicieron en el mayor secreto, pues lo menos que se llamaba á los que á tales aventuras se lanzaban era visionarios, originales y charlatanes; pero desde que la gente se ha ido acostumbrando á los globos henchidos de gas, se ha modificado el concepto en que se tenía á los que quieren volar sin gas y sin globo, y hoy que los trabajos

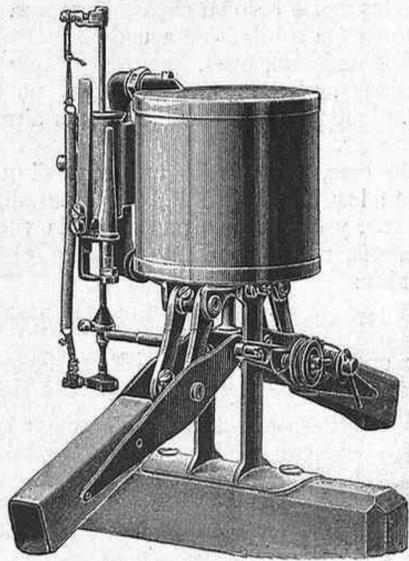


Fig. 2. Cilindro de la máquina para volar de Mr. Hargrave

de éstos tienen un carácter científico se les mira con mayor respecto.

Generalmente son hombres de escasa fortuna los que, en su afán por hacer avanzar un paso á la cues-

tion del vuelo humano, se contentan con emplear el poco tiempo que sus habituales ocupaciones les dejan en meditar sobre el trascendental problema y con gastar sus escasísimos recursos en probaturas. Por esto los progresos realizados para conseguir el más rápido de todos los medios de locomoción se parecen por desgracia á la marcha de la tortuga. En estos últimos tiempos, sin embargo, el estudio del problema ha tomado mayor vuelo, y ya se oye decir con alguna frecuencia que también personas ricas se ocupan del asunto con abnegación y entusiasmo: siguiendo las cosas así, ¿quién sabe si el hombre salvará al nuevo siglo volando?

Pero dejándonos de fantasías, digamos algo real y positivo, para lo cual nos ofrece datos el periódico técnico *Engineering*.

Mr. Lawrence Hargrave de Sydney, que hace tres años publicó en aquel periódico dibujos y resultados de varios modelos de máquinas para volar, reproduce ahora en el mismo otros aparatos que son impulsados por el aire comprimido y por el vapor. La fig. 1 reproduce uno de ellos, compuesto de un juego de alas en la parte delantera y una gran superficie de velas en la posterior: este modelo, que ha recorrido una distancia de 150 metros, está montado en un tubo de acero de 50 milímetros de ancho por dos metros de largo, que contiene aire comprimido á 15 atmósferas. Un pequeño cilindro (fig. 2) de 50 milímetros de diámetro y 30 de altura hace funcionar el aire sobre las alas, que tienen 70 centímetros de largo y una superficie de 1.400 centímetros cuadrados. La superficie de las velas es de dos metros cuadrados y el peso total del modelo de 1'75 kilogramos.

Más favorable se presenta la cuestión de números en el aparato de la fig. 3, movido por el vapor que se produce en una caldera de tubo espiral, montada horizontalmente y alimentada por una pequeña lámpara de alcohol que funciona como una lámpara de Loth. Mr. Hargrave dice que ha tenido que fabricar muchas calderas antes de haber obtenido una á propósito. La que reproduce el grabado va envuelta en una capa de amianto y consiste en un tubo de cobre de cuatro metros de largo por seis milímetros de ancho.

Conservo aún una caldera para máquina de volar muy semejante, que fabriqué hace 20 años y que ha sido el origen de la caldera de tubo en serpentina que luego he fabricado para toda clase de usos industriales. También yo creía que la condición principal de una máquina para volar era obtener una caldera ligerísima, y aunque luego mudé de opinión y di mayor importancia al verdadero conocimiento de la presión del aire, los resultados con mi caldera conseguidos fueron tan excelentes que hube de considerar mi fábrica de calderas de seguridad como producto anejo á mis trabajos técnico-voladores.

La cuestión del peso del motor se ha creído resuelta con el empleo del aluminio y del magnesio, pero la utilidad de estos metales ha sido exagerada: además los metales puros pueden utilizarse á lo sumo para el armazón, aunque los mejores materiales para las alas son la madera y la tela.

Mr. Hargrave ha utilizado hábilmente todos los recursos y experimentos técnicos, pero sus tentativas nos demuestran que si es fácil fabricar motores fuertes y ligeros, no está en éstos el punto capital para la solución del problema, pues hoy en día la cuestión de la fuerza ha perdido gran parte de su importancia.

La cuestión del vuelo apenas ofrece en teoría dificultades esenciales, pero en la práctica surgen obstáculos que el teórico ni siquiera llegó á imaginar: una de las cuestiones que más presenta es la de la estabilidad, pues por más que las teorías digan y por más ajustados á los principios científicos que estén los aparatos, el viento se burla de todo y hace de éstos juguete de sus caprichos.

¿Hay que renunciar, pues, á la esperanza? ¿No existe medio de dar al aparato la estabilidad que indispensablemente requiere? Estas preguntas han sido contestadas muy contradictoriamente. Algunos creen que por medios mecánicos puede obtenerse esa estabilidad, y una asociación de ingenieros notables de Augsburgo se ha impuesto la tarea de regular mecánicamente el vuelo de los aparatos alados; pero hasta

ahora, á pesar de los muchos experimentos hechos, no han logrado su objeto.

Pero aun suponiendo que esta parte del problema se resolviera, es decir, que se lograra encontrar un medio mecánico seguro de dar al aparato estabilidad propia, es muy problemático que aun entonces desapareciera todo el peligro que la falta de estabilidad entraña; pues entiendo que con el aparato para volar sucede lo que con las bicicletas, en las cuales sólo se consigue una estabilidad permanente modificando de continuo el centro de gravedad: por hacerlo así constantemente los pájaros nos parece su vuelo tan fácil, seguro y elegante.

Del mismo modo un hombre que volase por los aires graduando siempre la posición de su centro de gravedad podría en muchos casos dirigir con seguridad su aparato. Ya se comprenderá que el que á tales experimentos se dedica no debe lanzarse desde un principio desde grandes alturas, sino que ha de proceder gradualmente: es preciso comenzar por tirarse desde una altura pequeña y llevando alas no muy grandes; pues de no hacerlo así, ya se encargará el viento de demostrar que con él no se juega y que en ciertas circunstancias puede el experimentador ser arrebatado á muy altas regiones, de las cuales no desciende el principiante sin exponerse á grandes peligros. Los experimentadores han de proceder, por consiguiente, con gran prudencia, no usando al principio alas de más de 8 ó 10 metros cuadrados y no lanzándose á las pruebas con vientos que corran más de cinco metros por segundo, es decir, efectuándolas solamente cuando reine lo que se llama ligera brisa. Haciéndolo así puede tomarse más vigoroso impulso contra el viento y, saltando de una altura de dos ó tres metros, recorrer una distancia de 15 á 20 metros.

Si se continúan con constancia los ensayos, poco á poco se logrará vencer la resistencia de vientos más impetuosos, se podrán emplear alas de 15 metros cua-

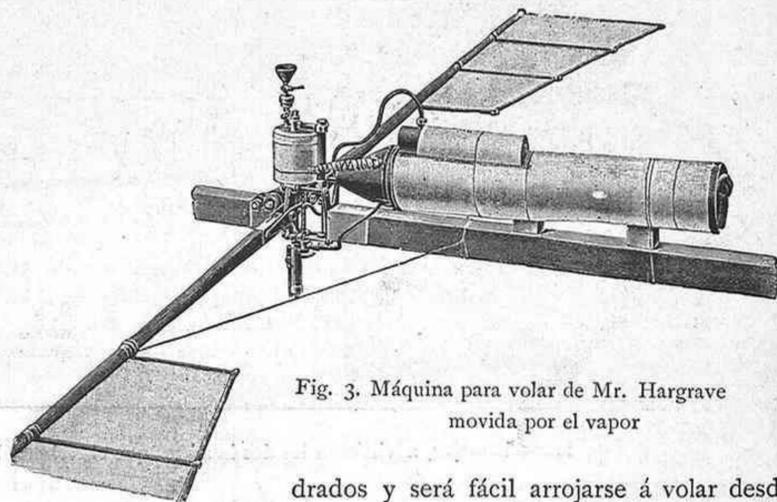


Fig. 3. Máquina para volar de Mr. Hargrave movida por el vapor

drados y será fácil arrojarse á volar desde mayores alturas, sobre todo teniendo cuidado en buscar un terreno blando y en que el sitio no sea muy abrupto.

Los americanos han montado en sus establecimientos de baños una especie de montañas rusas que lanzan á los bañistas al agua haciéndoles describir un arco muy abierto. Con este sport acuático tiene alguna semejanza nuestro sistema para volar: en vez de la montaña rusa, nos servimos del impulso contra el viento, y en cuanto al agua que recibe á aquellos nadadores no la necesitamos, porque nuestro vuelo no se parece al de la piedra lanzada, sino al del pájaro que lentamente desciende hasta el suelo. Además, nuestro vuelo, después de alguna práctica, es diez veces más largo que el de las montañas rusas acuáticas americanas y el tiempo en que se mece uno en el aire es diez veces mayor que el que en el aire permanecen los que se lanzan por aquellas montañas.

Y cuando, además de esto, se adquiere la habilidad necesaria para desviarse á voluntad del camino recto, ya se tiene la idea completa del vuelo libre. Pero en este punto hay que tener en cuenta que es condición esencial ir descendiendo siempre contra el viento, como lo hacen los pájaros, pues está en la naturaleza de las alas el que reciban siempre el aire de frente. Cuando se vuela en la misma dirección del viento, es preciso moverse con más rapidez que éste, lo cual ofrece en el descenso el peligro de dar un tumbido mayúsculo. De suerte que lo mejor es volar contra el viento y contra el viento descender al suelo.

Tres años hace que me dedico á esos ejercicios, y el constante progreso en el perfeccionamiento de los aparatos y la mayor seguridad conseguida me han demostrado que el camino por mí seguido es el verdadero. Sin embargo, es muy práctico aprender bien á volar con velas, por ser éste el método de vuelo más fácil, antes de aventurarse á volar con alas móviles.

En cuanto á mí, después de haberme lanzado muchas veces á volar con vela desde pequeñas alturas, poco á poco pude atreverme á arrojarme desde alturas mayores. En los alrededores de Berlín hay desgraciadamente muy pocas eminencias naturales ó montículos á propósito para tales tentativas, por lo cual me vi obligado á construirme un sitio especial desde donde pudiera cómodamente emprender el vuelo: en efecto, construí en la colina de Mayo, junto á Steglitz, una especie de cobertizo en forma de torre que me servía de almacén para guardar mis aparatos y desde cuya cubierta sembrada de césped emprendía mis ejercicios de vuelo.

Los grabados que reproducen fotografías instantáneas tomadas por el Sr. Ottomar Anschutz representan uno de mis aparatos más modernos en distintas posiciones durante el vuelo.

La fig. 4 representa el primer salto desde el borde del cobertizo y en él está tomado de frente el aparato, el cual tiene una forma parecida á la de las alas de un murciélago extendidas. Las alas de aquél pueden plegarse como las de éste, haciéndose así más fácil su conservación y transporte. El armazón del aparato es de madera de sauce y la tela que lo cubre es de algodón: la superficie total del mismo es de 14 metros cuadrados y su peso de 20 kilogramos.

La altura desde donde el salto se efectúa es de 10 metros sobre el terreno que rodea el cobertizo, y con

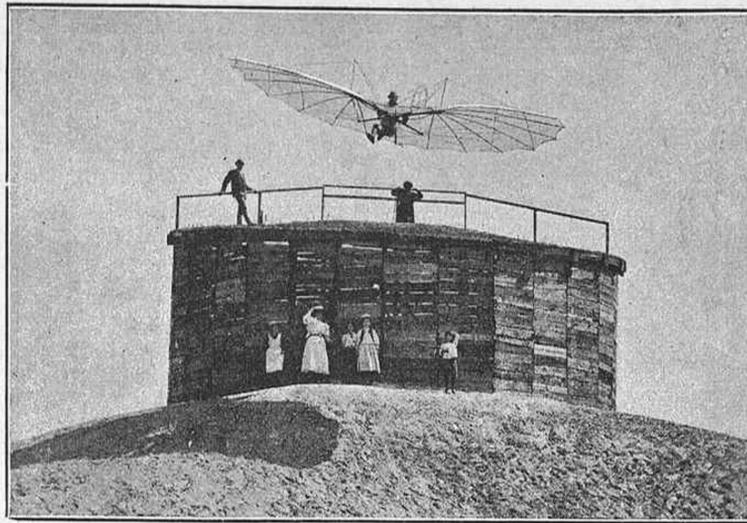


Fig. 4. Experimento con la máquina para volar de Otón Lilienthal

alguna práctica se puede, saltando desde ella, recorrer volando libremente una distancia de 50 metros, cortando el aire en una inclinación de 10 á 15 grados. Haber conseguido este resultado es indudablemente un progreso no pequeño, pues ya hemos visto que no basta dejarse caer para descender suavemente hasta el suelo. En efecto, cualquier aparato provisto de alas mecánicas debería, según las leyes naturales, ir descendiendo sin sacudidas y recorrer de este modo y en dirección inclinada un buen espacio antes de

llegar á tierra; y sin embargo, si se quiere intentar esta prueba, la máquina en un principio parece portarse perfectamente, pero al poco rato las esperanzas se desvanecen y la realidad se encarga de demostrar que en la navegación aérea por medio de aparatos voladores hay que tener en cuenta un factor principalísimo, el viento que se encarga de echar abajo los cálculos mejor hechos y de desacreditar los mecanismos más ingeniosamente contruidos. El viento hace que el aparato pierda la libertad de que al pronto gozara y le lleva y le trae á su capricho, aumentando de un modo prodigioso su velocidad, volviéndolo de arriba abajo y lanzándolo por último violentamente contra el suelo, en donde se estrellará y romperá en mil pedazos el aparato. Y es en vano que se hagan tanteos cambiando el centro de gravedad, pues lo que suele conseguirse con esto es que el aparato, en vez de caer de un modo, caiga de otro.

En un aparato que adoleciera de tales defectos, sería una verdadera temeridad que el hombre se lanzara al espacio; por lo mismo lo primero que en tales máquinas ha de conseguirse ha de ser una estabilidad completa, una seguridad casi absoluta de no ser juguete del viento.

Esa estabilidad creo haberla conseguido con mi aparato, y así lo prueban las fotografías instantáneas que durante mis experimentos se sacaron.

OTÓN LILIENTHAL

(Concluirá)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 GARRULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y bello

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Gragoas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empeoramiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Gragoas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Gragoas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICION ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

FALTA DE FUERZAS
 ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION

EL HIERRO BRAVAIS
 representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida. Exijase la Verdadera Marca.
 De Venta en todas las Farmacias.
 Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empeoramiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
 EXIJASE el nombre y la Marca **AROUND**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

Los fenómenos naturales que nos sorprenden y admiran despiertan necesariamente el interés de cuantos los presencian y hacen nacer en ellos el afán por conocer sus causas y las leyes por que se rigen. Exponer las unas y explicar las otras, he aquí el objeto de la obra del ilustre físico francés M. Guillemin. Pero en libros de esta índole en que se trata de materias esencialmente científicas, existe una dificultad que no todos los autores saben vencer, y es la de poner los conocimientos al alcance de todas las inteligencias. Vulgarizar la ciencia, hacer que sea patrimonio de todo el mundo, he aquí la mayor gloria del que habiendo llegado á dominarla siente el deseo de comunicarla á los demás.

Bien puede afirmarse que nadie mejor que Guillemin ha conseguido tan loable objeto: su libro contiene la última palabra de la ciencia física; nada falta en él de lo que con los fenómenos de la naturaleza se relaciona, y sin embargo, aun los menos versados en estas materias comprenden perfectamente lo que en otros libros encontrarán ininteligible y ven desvanecerse todas las dudas que la contemplación de hechos extraños y sorprendentes hiciera surgir en su mente.

El péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesanos, las bombas, la navegación aérea y cuanto con la gravitación y la gravedad se relaciona; la acústica, los instrumentos músicos y demás aplicaciones de la teoría del sonido; la luz con todas sus aplicaciones, tales como los faros, el microscopio, el telescopio, la fotografía, el heliogrado, etc.; el calor, el magnetismo y la electricidad, con la brújula, el telégrafo, el micrófono, el alumbrado eléctrico, la galvanoplastia, los pararrayos y el teléfono, así como las máquinas industriales de vapor, los ferrocarriles, la navegación, y finalmente la meteorología con sus terribles manifestaciones de las fuerzas de la naturaleza, terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, glaciares, tempestades, corrientes marítimas, etc., tales son las materias de que la obra se ocupa en la forma más amena que imaginarse pueda. Y al interés excepcional del texto júntese el que le prestan los innumerables y preciosos grabados que lo ilustran y que contribuyen á hacerlo comprensible, especialmente para la mayoría de los lectores que lejos de los grandes centros no tienen ocasión de contemplar esas máquinas, esos novísimos y admirables aparatos



CARLÓS MARÍA OCÁNTOS
notable y distinguido novelista bonaerense

de que se valen los eruditos para realizar sus prodigiosos descubrimientos.

El mundo físico forma tres abultados tomos y se vende en rústica á 30 pesetas: también se admiten suscripciones por cuadernos al precio de 50 céntimos de peseta uno, que consta de 40 páginas.

Los pedidos y suscripciones deben hacerse á esta casa editorial (Montaner y Simón, calle de Aragón 309 y 311) ó á nuestros corresponsales.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ECONÓMICA ILUSTRADA

LA SAGRADA BIBLIA, por D. Félix Torres Amat. — Con razón se llama á la BIBLIA el libro de la humanidad, libro en el cual han estudiado los sabios y se han inspirado los poetas y los artistas de todas las edades, libro con cuya lectura los débiles se fortalecen y se consuelan los afligidos. La BIBLIA es en el hogar doméstico la presencia del espíritu de Dios en el seno de la familia. Por esto es el libro único en el número y variedad de sus reproducciones y por esto realiza una obra meritoria todo el que contribuye á propagarlo, y la realiza en mayor grado el que publica una nueva edición en condiciones que la hagan más asequible por su precio y más agradable á la vista por las condiciones materiales de la misma.

La edición económica publicada por esta casa editorial llena cumplidamente estos fines; pues á un ínfimo precio une la cualidad de ir ilustrada con más de mil grabados y cuarenta láminas sueltas.

Respecto de la ortodoxia de esta edición, la garantizan por completo no sólo el ser debida la traducción al sabio obispo de Astorga D. Félix Torres Amat, sino el haber estado sometida la edición á la censura eclesiástica de persona tan competente é ilustrada como el Rdo. Doctor D. José Ildefonso Gatell, cura párroco de la parroquia mayor de Santa Ana. Esta edición lleva además del texto castellano el texto latino completo.

La Sagrada Biblia, edición económica, forma tres voluminosos tomos lujosamente encuadernados, que se venden al precio de 40 pesetas. También se admiten suscripciones por cuadernos á dos reales uno, repartiéndose gratis las 40 láminas.

Los pedidos deben dirigirse á esta casa editorial (Montaner y Simón, calle de Aragón, 309 y 311) ó á nuestros corresponsales.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LICOR LAVILLE GOTA
del D. **LAVILLE** **REUMATISMOS**
Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion y Comprimidos
DE **EXALGINA**
DE **BLANCARD**
JAQUECAS
COREA
REUMATISMOS
DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Querido enfermo.—Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría.— Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN